

artelka

**1939-1945:
LOS PARTIDOS
COMUNISTAS,
FRENTE A LA
GUERRA**



— **L**a Unión Soviética, con Stalin a la cabeza, bautizó la guerra contra el nazismo y la vanguardia capitalista como la Gran Guerra Patria. Empero, no era la guerra de una patria nacional contra las patrias nacionales occidentales, sino, más bien, la guerra del proletariado y del comunismo contra todas las potencias capitalistas, potencialmente representadas por la barbarie nazi. La Patria socialista nada tenía que ver con la patria capitalista; el principio de su soberanía no residía en la defensa de la nación, núcleo de poder de la clase capitalista, sino que en el proletariado organizado internacionalmente. La Gran Guerra Patria fue, es y será la guerra del comunismo contra la sociedad capitalista. La patria del proletariado fue, es y será el comunismo.

Contenido

6

EDITORIAL

Arteka

**La Gran Guerra Patria
contra el nacionalismo**

10

COLABORACIÓN

Markel Samaniego

**El Partido Comunista
Francés: entre la opción
de los soviets y el
monstruo hitleriano**

24

COLABORACIÓN

Telmo Zulaika

**El nuevo PCI: un vuelo de
altos riesgos**

38

COLABORACIÓN

Jon Larrabide

**La oposición alemana
a la guerra**

52

COLABORACIÓN

Aimar Nuñez

**Desarrollo político de
la Gran Guerra Patria
desde el seno del PCUS**

La Gran Guerra Patria contra el nacionalismo

Editorial

En 1848, Marx y Engels adelantaron en el *Manifiesto Comunista* lo que a la postre sería una realidad tangible a lo largo y ancho del planeta: los obreros no tienen patria. Y lo hicieron en un momento en el que las revoluciones burguesas emergían y, junto con ellas, el proletariado y las grandes masas saltaban a la primera línea de la lucha política, de la lucha revolucionaria y de los movimientos democrático-nacionales. No tenían por costumbre los autores del *Manifiesto* lanzar frases ambiguas u oscuras, que dieran pie a la confusión en un momento político tan determinante, y tampoco erraban a la hora de entender la grandeza de ese momento político que estaban viviendo. La citada afirmación no da, por tanto, pie a dobles sentidos.

Si bien en el siglo XIX diversos movimientos nacionalistas han pretendido relativizar esa verdad –“los obreros no tienen patria”–, argumentando que el proletariado no tiene patria porque no tiene poder o porque le ha sido robada pero podría tenerla, la realidad, en cambio, demuestra cada vez más que el proletariado ni es nación ni puede serlo, pues es en todo lugar ese agente externo a la nación que sirve como elemento unificador, como prueba

En 1848, Marx y Engels adelantaron en el Manifiesto Comunista lo que a la postre sería una realidad tangible a lo largo y ancho del planeta: los obreros no tienen patria

palpable de su existencia: es el peligro, el chivo expiatorio, que permite unificar todas las fuerzas nacionales en su contra. Los nacionalistas excluyen al proletariado, lo expulsan, lo identifican como enemigo nacional, y ese acto de exclusión se convierte en el momento fundacional de la nación. Así, la integración nacional del proletariado, la conversión del proletariado en nación, sería el último acto en vida de la nación, su acta de defunción.

Todas las grandes explosiones nacionales y el auge nacionalista reaccionario vienen acompañados de una agresiva campaña antiproletaria y anticomunista, de una campaña que busca no solo hundir en la absoluta miseria social al proletariado, sino que, además, cancelar por completo sus capacidades políticas, la posibilidad de su emancipación. La reacción fascista actual se une, una vez más, contra el enemigo común, el proletariado, y lo hace atacando a su ala más vulnerable: el proletariado migrante. Consigue, además, unificar en el seno de una determinada nación tendencias nacionalistas hasta ahora enemistadas y, lo que es más paradójico, consigue amistar naciones hasta entonces enfrentadas. Todos se unen en la gran tarea de salvar a la nación, esto es, de salvar el espacio privilegiado de la clase media y el núcleo de poder de la política antiproletaria –espacio permitido por la acumulación de capital en manos de la burguesía nacional–, aunque ello signifique sacrificar la que hasta entonces era su nación, incluso llevándola a la guerra y a la destrucción.

Como ya lo hicieron en 1939, hoy las grandes potencias capitalistas se unen para hacer frente a la descomposición de su mundo de explotación. La restitución de la nación como bloque estable de poder es la tarea común que abordan los capitalistas en el centro imperialista, con el objetivo de hacer frente al problema de la masificación proletaria –esto es, del proceso intensivo y extensivo de proletarización– que está desarrollándose en el núcleo de las sociedades occidentales. Esa tarea común de los capitalistas, al igual que la institución del poder de mando autoritario y unificado del capital, se desarrolla, obviamente, bajo el peligro de la Guerra Mundial entre los capitalistas, y mediante ella.

Asimismo, el proceso de proletarización aparece de forma velada, como importación de proletarios migrantes al centro imperialista. Sin embargo, esa no es sino una interpretación falsa, pues la migración se convierte en punto conflictivo solo una vez que la sociedad occidental entra en crisis y se descompone internamente. Así, el proceso de proletarización reacciona en políticas antiproletarias, racistas y fascistas. Es ese proceso el que permite la unidad de los capitalistas en medio del conflicto. Y es que el peligro exterior, el de la proletarización que amenaza con destruir el sistema, transmutado en un peligro racial, en un problema de soberanía, permite renovar el estatus de la nación como elemento de exclusión social y dominación sobre el proletariado. Eso no impide, además, que el proceso de soberanía nacional se abra paso vulnerando la soberanía de otras naciones.

Todas las grandes explosiones nacionales y el auge nacionalista reaccionario vienen acompañados de una agresiva campaña antiproletaria y anticomunista, de una campaña que busca no solo hundir en la absoluta miseria social al proletariado, sino que, además, cancelar por completo sus capacidades políticas, la posibilidad de su emancipación

En diversos países de Europa los Partidos Comunistas fueron masacrados, muchos de ellos acusados de pertenecer a un plan judío. Las mismas razones sirvieron a la Alemania nazi para justificar su oposición a la Unión Soviética, e invadirla. Razones que pretendían ocultar la crisis económica del imperialismo occidental, la lucha de clases en su seno, y el riesgo de que la misma se convirtiera en crisis revolucionaria, dirigida por los Partidos Comunistas

Este hecho es ya sobradamente conocido y reconocible en la II Guerra Mundial, iniciada en 1939. Allí, la crisis de todo el mundo capitalista se convierte en un problema étnico y racial en el seno de la sociedad alemana que coloca en el poder a la vanguardia capitalista que debía restablecer la soberanía nacional, no solo de la nación alemana, sino que de la raza blanca, del centro imperialista y del capitalismo mundial. El principio de soberanía nacional se abrió paso a través del conflicto y la guerra, la invasión de otros países y la ruptura de su soberanía nacional.

También en aquel entonces la articulación de un chivo expiatorio fue la que permitió destruir a escala global las capacidades políticas del proletariado. La guerra contra los judíos unificó al mundo capitalista, bajo el mando militarista y dictatorial del nazismo, contra la amenaza comunista. En diversos países de Europa los Partidos Comunistas fueron masacrados, muchos de ellos acusados de pertenecer a un plan judío. Las mismas razones sirvieron a la Alemania nazi para justificar su oposición a la Unión Soviética, e invadirla. Razones que pretendían ocultar la crisis económica del imperialismo occidental, la lucha de clases en su seno, y el riesgo de que la misma se convirtiera en crisis revolucionaria, dirigida por los Partidos Comunistas; crisis cuya superación requería de la unificación autoritaria del mando capitalista, articulada en oposición a esa figura externa que eran los comunistas y los judíos.

Del mismo modo, los países capitalistas llamaron a la resistencia contra el nazismo en nombre de la soberanía nacional, reforzando, cuanto menos, el principio de soberanía defendido y ejercido por los nazis.

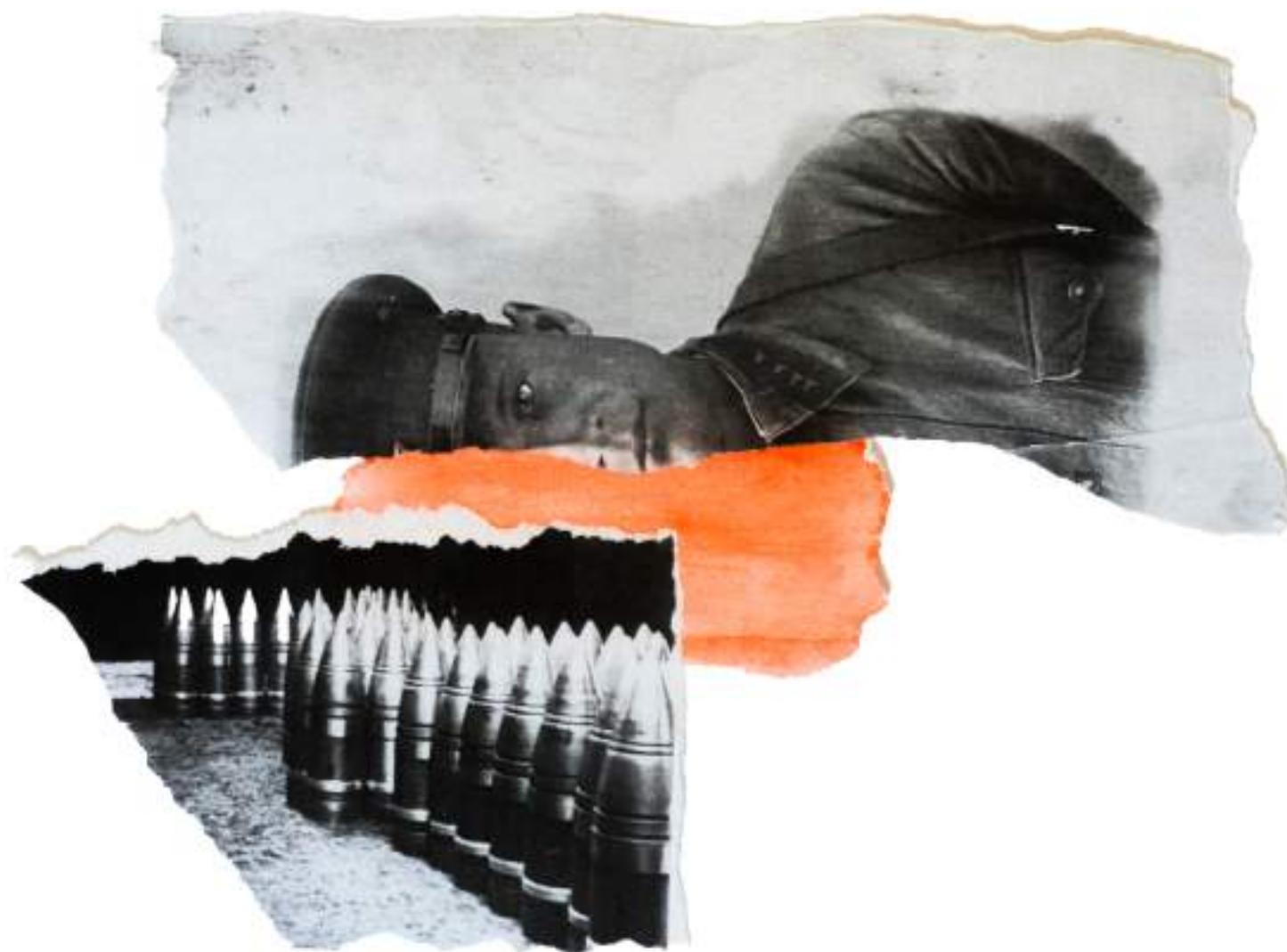
Es en una situación tal en la que la Unión Soviética, con Stalin a la cabeza, bautizó la guerra contra el nazismo y la vanguardia capitalista como la Gran Guerra Patria. Empero, no era la guerra de una patria nacional contra las patrias nacionales occidentales, sino, más bien, la guerra del proletariado y del comunismo contra todas las potencias capitalistas, potencialmente representadas por la barbarie nazi. La Patria socialista nada tenía que ver con la patria capitalista; el principio de su soberanía no residía en la defensa de la nación, núcleo de poder de la clase capitalista, sino que en el proletariado organizado internacionalmente. La Gran Guerra Patria fue, es y será la guerra del comunismo contra la sociedad capitalista. La patria del proletariado fue, es y será el comunismo. ●

EL PARTIDO COMUNISTA FRANCÉS

ENTRE LA OPCIÓN DE LOS SOVIETS Y EL MONSTRUO HITLERIANO

Texto — **Markel Samaniego**

Imagen — **Amaiur Ruiz, Irune Juangarcia &
Ekhiotz Arbe**



Es bastante conocido el rol que jugó el Partido Comunista Francés en la Segunda Guerra Mundial. Aunque realizó una labor heroica en la Resistencia contra los nazis en todas las dimensiones de la lucha, y a pesar de una gran pérdida de reputación debido al pacto Molotov-Ribbentrop (ya que no tomó parte en la Resistencia hasta que después de que los nazis invadieran Francia), a partir de 1941 recuperó rápidamente su reputación, debido a la total determinación e implicación de los cuadros comunistas. Reflejo de esto es que después de la Segunda Guerra Mundial llegó a ser el partido comunista de masas más grande de Europa, así como el partido más votado en Francia.

Aun así, hay unos pasajes protagonizados por el Partido Comunista Francés que no son tan conocidos pero que condicionaron el destino de la Segunda Guerra Mundial y de la revolución comunista: hablamos del estallido proletario francés de mayo de 1936. El asalto de los trabajadores trajo consigo la ocupación masiva de fábricas, una actitud agresiva hacia la patronal, una dinámica autónoma fuera de cualquier partido o sindicato, y la oportunidad de, más allá de ser un mero movimiento económico, crear órganos de poder del proletariado revolucionario (los soviets) con perspectiva de expandirse a nivel territorial. Como veremos, la decisión de la dirección de ese movimiento cayó en manos del Partido Comunista Francés.

Desde una perspectiva comunista, es posible sacar lecciones de toda la historia del Partido Comunista Francés; pero considero que los sucesos de 1936 tienen una gran relevancia y que podrían ser fuente de inspiración para el comunismo de hoy en día, tanto por su complejidad como por la confluencia de muchos elementos, ya que a menudo las resoluciones, impuestas por la coherencia entre la coyuntura táctica y los principios estratégicos exigen grandes sacrificios. Este texto tiene la intención de reflexionar en ese sentido.

Con respecto al contenido: no se puede entender el Partido Comunista Francés sin la Komintern (la Internacional Comunista), ya que el partido fue un destacamento nacional de dicha Internacional. No entraremos a estudiar la evolución ni la naturaleza de la relación entre el Partido Comunista Francés y la Internacional Comunista, aunque sin duda fue un factor de peso. Así, observaremos el análisis que la Internacional Comunista hace del contexto histórico, para comprender cuál era la táctica del Frente Popular y el sentido que este pudiera tener desde la perspectiva del desarrollo de la revolución socialista. Junto con ello, aterrizaremos en la Francia de 1934-36 y, por último, se problematizará la posición que el Partido Comunista Francés tomó en los sucesos de 1936.

EL VII CONGRESO DE LA KOMINTERN, 1935

Según el VII congreso de la Internacional Comunista, el capitalismo entró en fase agónica en 1929, aproximándose hacia su muerte; esto traía consigo el empeoramiento de las condiciones de vida de la clase trabajadora, la cual había comenzado a organizarse en fuertes movimientos obreros: en Austria, las milicias obreras contra la dictadura de Dollfuss; en Londres, las marchas del hambre promovidas por desempleados, socialistas y el partido comunista; en París, la lucha contra la liga fascista de la mano de socialistas y comunistas; la revolución comunista de Asturias, con la unidad de acción de socialistas y comunistas... A esto hay que sumarle el peso simbólico que tenía el modelo de la URSS entre la clase trabajadora y los países oprimidos de todo el mundo.

Asimismo, el mandato de Hitler sugería lo siguiente: que algunas facciones de las oligarquías de Occidente veían necesario un modelo político más autoritario, el cual sería capaz de restablecer el nivel de vida de las clases medias y sería también el garante de la lucha contra la amenaza del comunismo, al tiempo que quería posicionarse como un modelo de gobernanza que abriría las puertas a un nuevo ciclo de extracción de plusvalor ante el ciclo que se hallaba agotado. La tendencia en alza hacia el autoritarismo se dio en todos los países de Occidente, de una u otra forma, de manera generalizada. Por ejemplo, las medidas adoptadas en EEUU por la Administración Roosevelt sugerían eso mismo (“abría las puertas al fascismo”, por ejemplo, la concentración excesiva de autoridad en el poder ejecutivo, etc.). Simultáneamente, los grandes partidos fascistas en todos los territorios europeos iban multiplicándose.

En este contexto, junto con Polonia, Italia y Japón, también Alemania se encaminará hacia la guerra. Esa tendencia bélica se materializará en una escalada cada vez más severa contra la URSS (ver el pacto antikomintern de 1936, el pacto Polonia-Alemania de 1934, la intervención nazi y fascista en la Guerra Civil española, la invasión japonesa en China, la invasión italiana en Etiopía...). La URSS ya había previsto esta tendencia en 1929 y –teniendo a sus espaldas la experiencia de las intervenciones imperialistas de la guerra civil rusa–, declaró que estaba aumentando el riesgo para una guerra mundial, que la oligarquía internacional tenía intereses para destruir la URSS y que para ello se valdría del desarrollo militar e industrial en florecimiento. Además, en aquellos momentos la URSS se encontraba en plena campaña de colectivización, así como desarrollando planes para industrializar y democratizar el país. Junto con ello, en lo que se refiere a las contradicciones entre los bloques imperialistas harán el siguiente análisis: existía el riesgo de un incremento de las tensiones interimperialistas, teniendo en cuenta que a las potencias imperialistas que contaban con una posición privilegiada en el orden económico internacional posterior a la Primera Guerra Mundial (Francia, Reino Unido, Holanda, EEUU, Bélgica...) no les convenía guerra alguna, sobre todo por los intereses coloniales que mantenían en las periferias capitalistas. De este modo, la Internacional Comunista intentó quebrar la unión imperialista que pudiera ir en contra de la URSS, haciendo una elección política a favor de la paz a nivel internacional.

Con respecto a la revolución proletaria internacional, hay que decir que entre 1923 y 1925, en tanto que se perdieron las oportunidades para la revolución en los países de Occidente, esa pérdida tuvo repercusión en la dirección de la URSS. Así, el debate se centrará en torno a “la construcción del socialismo en un solo país”, teniendo como protagonistas a Stalin, Trosky, Kámenev y Zinóviev. Este debate establecerá las pautas de la política de la URSS. En esta época comenzará un florecimiento económico en Occidente (reflejo del mencionado desarrollo industrial y militar) y, junto con el fracaso de los intentos revolucionarios, los partidos, las organizaciones y los sindicatos del proletariado volverán de una fase ofensiva socialista a posiciones defensivas. Ese es el contexto que condicionó el debate surgido en la URSS, que planteaba como problema a resolver la posibilidad de que la URSS avanzara en la construcción económica del socialismo y en la dictadura del proletariado hasta que en Europa volvieran a aterrizar las oportunidades revolucionarias. En este artículo no entraremos a valorar lo que defendía cada posición en dicho debate, ya que no es su objeto, y tampoco valoraremos si esta discusión estratégica debe de limitarse a esa dicotomía del sí o no de la construcción del socialismo en un solo país, ya que es una dicotomía demasiado simplista. Pero lo que está claro es lo siguiente: a partir de 1929 las oportunidades revolucionarias volvieron a Europa y la Komintern supo leer esta realidad cuando declaró que era necesario crear grandes frentes antifascistas y anticapitalistas, ya que la conciencia de las masas obreras y los sectores populares todavía no estaba a favor de la revolución

socialista y, por lo tanto, el Frente Popular, por medio de la táctica del “frente obrero único” debía instigar las contradicciones internas de la burguesía imperialista, porque claramente desde la Komintern se veía que los bloques pacíficos de la burguesía imperialista (Reino Unido, Francia, EEUU...), en última instancia, tendrían tendencia a unirse con Hitler y a instigarle a atacar a la URSS. Así pues, la Komintern acierta porque en esa posición táctica sintetiza la unión con el capitalismo y porque está dispuesto a llevarlo al extremo.

En esos términos, la táctica de la Komintern tenía una clara razón de ser desde la perspectiva de la revolución socialista, ya que planteaba una hoja de ruta hacia la radicalización de las masas. No debemos olvidar que en aquel entonces la Internacional Socialista tenía un gran peso entre las masas obreras y que los partidos de izquierdas de la burguesía representaban a los sectores más progresistas de la clase media, así como al campesinado. Aun siendo Francia un país industrializado, tenía un gran porcentaje de campesinos; por lo tanto, teniendo en cuenta que el modelo hegemónico para establecer el poder de los sóviets era el bolchevique, esta preocupación táctica es de entender. Por último, esa táctica también preveía las opciones de pasar a la ofensiva revolucionaria una vez se agotasen todas esas contradicciones y la conciencia de las masas generasen condiciones para su triunfo. Para ello, los partidos comunistas debían estar preparados en todos los países y se debían articular las instituciones necesarias, para ayudar a llevar el proceso a su fin.

Pero lo que está claro es lo siguiente: a partir de 1929 las oportunidades revolucionarias volvieron a Europa y la Komintern supo leer esta realidad cuando declaró que era necesario crear grandes frentes antifascistas y anticapitalistas, ya que la conciencia de las masas obreras y los sectores populares todavía no estaba a favor de la revolución socialista y, por lo tanto, el Frente Popular, por medio de la táctica del “frente obrero único” debía instigar las contradicciones internas de la burguesía imperialista

Las amenazas de Hitler van en aumento, especialmente tras la destrucción del Partido Comunista Alemán (KPD); los diferentes destacamentos organizados de trabajadores reivindican la necesidad de la unidad de acción

Por lo tanto, Dimitrov, Togliatti y demás plantearon en los siguientes términos la oportunidad de una hoja de ruta táctica para la revolución socialista internacional: un Frente Popular contra el fascismo y el capitalismo y como núcleo fuerte dentro de este frente, un frente obrero único (basado en la alianza entre socialistas y comunistas); todo esto bajo la dirección de los partidos comunistas. Esta táctica tenía una hoja de ruta contra la escalada bélica y a favor de la paz. La política exterior de la URSS, evidentemente, se alineaba con la táctica de la Komintern.

La propia Komintern preveía los riesgos de la posición táctica que se acababa de tomar. El primero era que las burguesías nacionales se hicieran con la dirección del Frente Popular e impidiesen los procesos revolucionarios. Esto conllevaría que la política de alianza de la URSS se alineara con los estados burgueses contrarios a Hitler. El segundo era que fueran los comunistas quienes tomaran la dirección del Frente Popular y lo llevaran hasta el extremo, reinvidicando el estado socialista mediante una insurrección revolucionaria. La defensa de la URSS se organizaría con esos nuevos estados socialistas. El tercero era que la dirección comunista del Frente Popular generase el temor de todas las facciones burguesas, llegando al extremo de que estas prefirieran unirse al imperialismo hitleriano en contra de la amenaza comunista, y, asimismo, contra la URSS. La historia nos muestra que la opción que prevaleció fue esa tercera.

EL PARTIDO COMUNISTA FRANCÉS Y EL FRENTE POPULAR

Si el VII congreso se celebra en 1935, para entonces en Francia los ritmos estarán ya muy adelantados. Las amenazas de Hitler van en aumento, especialmente tras la destrucción del Partido Comunista Alemán (KPD); los diferentes destacamentos organizados de trabajadores reivindican la necesidad de la unidad de acción. A eso se le debe añadir lo siguiente: en Francia las ligas fascistas (*Croix de Feu*) estaban tomando fuerza y habían empezado a funcionar como

fuerza paramilitar a nivel de calle (por ejemplo, en el ataque fascista contra la Asamblea Nacional en febrero de 1934). En este contexto, las bases socialistas del Partido Comunista Francés y de la SFIO (delegación francesa de la Internacional Socialista) proclamarán la unión antifascista del proletariado revolucionario. Hasta 1935, la Internacional Comunista consideraba a la socialdemocracia como social-fascista y, a pesar de que veía con buenos ojos la unión con su base socialista, miraba con desconfianza y beligerancia a los aparatos de la dirección. Así declaraba la dirección del Partido Comunista Francés: “Más que nunca fraternizaremos con los obreros socialistas, más que nunca los llamaremos a la acción común con sus camaradas comunistas. Y más que nunca denunciamos a los jefes socialistas, al partido socialista, servidores de la burguesía, último reducto de la sociedad capitalista [...]”. Sin embargo, la dirección de la SFIO seguirá obstinándose en atraer al Partido Comunista Francés, hasta que la Komintern decidió cambiar su postura.

Esta decisión se dará en mayo de 1934 y, además de los factores ya mencionados, hay otros elementos que también influyeron. Por un lado, la determinación de lucha de las masas socialistas aumentará de manera considerable bajo la amenaza del fascismo, reflejo de lo cual serán, a parte de Francia, las experiencias de Austria, Reino Unido, España... Es decir, había entre los socialistas un gran sector que se estaba acercando al partido histórico del comunismo. Por otro lado, ese mismo año se acordó el pacto militar entre Alemania y Polonia, percibido como amenaza malintencionada y como avance del auge bélico por la URSS. Este pacto, además, también era contemplado como amenaza por la facción burguesa que gobernaba Francia, ya que iba en contra el orden internacional construido tras la Primera Guerra Mundial, y eso ponía en jaque la soberanía nacional francesa. De todas maneras, detrás de todo esto se encontraban los intereses económicos de la oligarquía francesa, a quien no le convenía una nueva guerra.



Fue una jugada tramposa y oportunista del Partido Radical, impulsado a la burguesía francesa a maniobrar a favor de sus intereses de clase, uniéndose en un momento dado al folclore revolucionario, pero después, en la práctica, mostrando una actitud cobarde y tibia hacia el fascismo

Por lo tanto, el Partido Comunista Francés y la SFIO se unieron en ese frente amplio. Por si eso fuera poco, Thorez, el notable líder del PCF, planteó una ampliación aún mayor para el frente, ya que también atrajo al Partido Radical. Este reunía a las facciones más radicales de la burguesía, así como a intelectuales y las clases medias de la ciudad y el campo. Pero no estaban dispuestos a luchar contra el fascismo bajo cualquier condición. Así sintetizaba la posición de este partido su dirigente Deladier: *“Yo no soy de derecha pero ya estoy harto de ver a mi partido a remolque de los extremistas. El Partido Radical no es, en modo alguno, una formación revolucionaria”*. Este hecho se explica porque la burguesía francesa tenía de frente tanto la amenaza del fascismo como la amenaza del comunismo, por lo que intentó, de un modo consciente, canalizar el potencial revolucionario de la clase trabajadora francesa mediante la fórmula del Frente Popular, hegemonizándolo en términos ideológicos y políticos. Como se pudo ver más adelante, esta fue una jugada tramposa y oportunista del Partido Radical, impulsándolo a maniobrar a favor de sus intereses de clase, uniéndose en un momento dado al folclore revolucionario, pero después, en la práctica, mostrando una actitud cobarde y tibia hacia el fascismo (los acuerdos de Múnich, etc.).

En este contexto, Francia le propuso a la URSS un pacto de ayuda mutua, que fue firmado a principios de 1935. La intención fue causar el desgaste del bloque imperialista encontraba también aquí una oportunidad perfecta, ya que en lo referente a la beligerancia hacia la URSS, Francia se alejaba de las demás potencias pacíficas y, además, se posicionaba abiertamente en contra de Hitler.

Esta escalada alcanzará punto más alto en el Frente Popular antifascista el 14 de julio de 1935: socialistas, comunistas y republicanos radicales representarán la unión popular antifascista. Las principales reivindicaciones del Frente Popular serán las siguientes: reformas económicas, libertades democrático-burguesas, y una política a favor de la paz (en contra del fascismo y la guerra). Era un acuerdo de mínimos, pero las particularidades del contexto histórico le daban un gran sentido político desde la perspectiva de las opciones revolucionarias. Por una parte, se entendía que la opción de las reformas socioeconómicas estaba agotada dentro del capitalismo. Por otra parte, la opción de los derechos políticos también se había agotado frente la tendencia hacia el autoritarismo que había adoptado el modelo de

estado. Por último, como las burguesías nacionales tomaron una posición ambivalente e indecisa ante la escalada bélica, las contradicciones se multiplicaban. Por lo tanto, el movimiento histórico de la sociedad establecía las condiciones para la caída del capitalismo, siendo el partido histórico del comunismo era la fuerza social que se debía organizar. Así pues, el Frente Popular podía crear oportunidades para la ofensiva bajo la dirección de los comunistas.

Junto con ello, la cuestión de las clases medias será otro elemento muy significativo. La radicalización de las clases medias podía convertirse en oxígeno para fascismo o, al contrario, sostén del comunismo, si se jugaban bien las cartas. Esto suponía el riesgo de que la política del frente desarrollara una dependencia para con el espíritu político de la clase media. Un claro ejemplo es el siguiente: la SFIO reivindicó la nacionalización de los medios de producción como línea programática a asumir por el Frente Popular. Thorez, en cambio, argumentó, por una parte, que el Partido Radical no estaría de acuerdo, y por otra, que, teniendo en cuenta el nivel de concienciación de la clase media, esa era una reivindicación inasumible por el momento.

LA HUELGA GENERAL DE 1936 Y LA OPORTUNIDAD DE LOS SOVIETS

En el congreso de la Komintern, Thorez expondrá en los siguientes términos la situación de Francia en 1935: *“La fuerza del movimiento de masas puede imponer la necesidad de un gobierno del Frente Popular, que nuestro partido apoyaría y en el que eventualmente podría participar; la batalla antifascista se haría entonces más ruda, porque el asalto reaccionario y fascista sería inmediato y brutal. Pero el Frente Popular y el Partido Comunista habrían ocupado nuevas posiciones, que nosotros utilizaríamos para preparar la instauración del poder de los soviets, de la dictadura del proletariado”*.

Es decir, para 1935, según Thorez, 800.000 funcionarios habían perdido ya la esperanza en el orden burgués, la pequeña burguesía desconfiaba de las direcciones del Partido Radical y de los partidos burgueses en general, una mayoría del campesinado estaba descontenta y el Partido Comunista y Socialista, junto con CGT y CGTU, habían experimentado un notable crecimiento en su militancia y apoyo. Por ello hablaba Thorez de la posibilidad de una *“crisis revolucionaria”*.

La radicalización de las clases medias podía convertirse en oxígeno para fascismo o, al contrario, sostén del comunismo, si se jugaban bien las cartas. Esto suponía el riesgo de que la política del frente desarrollara una dependencia para con el espíritu político de la clase media

Por otra parte, las fuerzas fascistas en Francia se concentrarán en las ligas fascistas *Croix de Feu* y el clima de guerra civil se generalizará. Comunistas, socialistas y fascistas llegan repentinamente a un acuerdo, por el cual se comprometen a disolver sus organizaciones paramilitares. La razón es la siguiente: las elecciones de mayo de 1936.

El Frente Popular ganará las elecciones y la correlación de fuerzas dentro del Frente Popular es claramente favorable a comunistas y socialistas. El Partido Radical perderá varios diputados, el Partido Comunista Francés será la fuerza que proporcionalmente más crece y, entre los socialistas, la facción revolucionaria será la principal ganadora (ya que la facción de derechas se presentó fuera de la SFIO a las elecciones). Por lo tanto, el resultado era señal de la conciencia de la clase trabajadora y reflejo de la radicalización de las clases medias. El ascenso del Partido Comunista Francés tenía especial importancia, ya que quería decir que en los últimos años había ganado referencialidad en los sectores más combativos del proletariado; de hecho, hasta entonces, las tesis sorelianas del sindicalismo revolucionario habían dejado una huella profunda en el seno del proletariado y la socialdemocracia también tenía un peso importante. Pero la dialéctica del contexto histórico, junto con la acción propagandística del Partido Comunista Francés, convirtió al partido en referente principal del proletariado francés para 1936.

Así pues, la nueva situación planteaba nuevas preguntas: ¿qué interés tenían Hitler y la URSS en la nueva situación de Francia? ¿Convenía una guerra civil? ¿Qué implicación podía tener una ofensiva revolucionaria desde la perspectiva de la capacidad militar francesa? ¿Qué papel jugó el ejército? ¿En qué podía quedar el pacto franco-soviético?

Así, sin casi margen para el análisis, el proletariado francés hizo su propia apuesta a una semana de las elecciones, el 11 de mayo de 1936: hizo un llamamiento a la huelga general y la ocupación de las fábricas, y los secuestros de los patrones y las iniciativas de expropiación se expandieron a todo el territorio. Millones de trabajadores tomaron parte en la huelga que se prolongó durante un mes. Johaux, secretario de la CGT, explicará así la situación: “El movimiento se ha desencadenado sin que se pueda saber exactamente cómo ni dónde”. De hecho, antes de crear el nuevo gobierno del Frente Popular, las masas obreras ya habían tomado la iniciativa por encima del Partido Comunista Francés, la SFIO y los sindicatos. Parecía que la clase trabajadora, tomando como excusa la victoria del Frente Popular y sintiéndola suya, debía estallar, pero, al mismo tiempo, las causas para ese estallido eran la crisis económica y las condiciones de vida arrastradas desde la Primera Guerra Mundial, así como la oposición y desconfianza hacia las instituciones burguesas, quienes durante tantos años la había condenado a la impotencia mediante falsas promesas.

No obstante, la posición del Partido Comunista Francés asombrará a todos los testigos: lejos de dar pasos hacia la dictadura del proletariado y la socialización, el partido se posicionó a favor de calmar el movimiento, al igual que el resto del Frente Popular. Thorez sintetizó esta posición, dando a entender que gran parte del campesinado todavía no estaba en condiciones de unirse a la revolución, ni una parte de la pequeña burguesía dispuesta a llegar hasta el final. En ese sentido, antes que el Partido Comunista Francés, la patronal, la CGT y el nuevo gobierno de Blum (Blum era el principal referente de la SFIO) también intentaron apagar el movimiento de los huelguistas, aceptando algu-

nas reformas en los Acuerdos de Matignon, pero el movimiento se mantuvo en sus trece hasta el 11 de junio, cuando amenazó con ir desde las fábricas al centro de París. La huelga se expandió sobre todo en el sector metalúrgico, con la participación de más de dos millones de huelguistas y siendo el PCF la referencia política principal entre ellos. Marceau Pivert, que representaba la facción más revolucionaria de la SFIO, declaró lo siguiente: “Ahora todo es posible para los audaces”. Y a ello Thorez respondió: “No, todo no es posible ahora”.

Así pues, en una reunión de emergencia, Thorez transmitió la siguiente lectura e instrucciones a la militancia del PCF: “Si es importante conducir bien un movimiento reivindicativo hay que saber también terminarlo. Ahora no es cuestión de tomar el poder. Todo el mundo sabe que nuestro objetivo sigue siendo invariablemente la instauración de la República francesa de los consejos de obreros, campesinos y soldados. Pero no es para esta noche, ni tampoco para mañana por la mañana”.

Thorez canalizó todas las energías del Partido Comunista Francés en acabar con esa huelga “sin ningún percance”, haciendo todo lo posible por calmar el movimiento.

Por lo tanto, la dirección del Partido Comunista Francés planteó que tras el asalto de los trabajadores de mayo-junio de 1936 estaba la cuestión del poder y, de esa manera, se daraba a entender que no había condiciones para ello. En cambio, es cuestionable si las potencialidades revolucionarias de esas huelgas tenían que ser necesariamente cristalizadas en la conquista inmediata del poder o si primero tenía que ayudar a crear los órganos de poder, es decir, los soviets, indispensables para la construcción de las condiciones para dicha conquista. La manera de plantear la cuestión de la conquista del poder político –limitarlo al momento de la insurrección revolucionaria o a la situación de la creación de los órganos de poder y el doble poder– fue decisiva; de hecho, como indicó Thorez, el Frente Popular no era la revolución, no era una amalgama de instituciones revolucionarias, sino una plataforma táctica que materializaba grandes contradicciones

de clase. Por lo tanto, también en esta ocasión, la crisis de la sociedad francesa planteaba la siguiente cuestión: profundizar en la reforma o profundizar en la revolución.

En este punto de la historia debemos preguntar lo siguiente: ¿a qué venía esa actitud de Thorez y del Partido Comunista Francés? ¿Por qué no profundizar en la revolución proletaria?

LAS DURAS IMPLICACIONES DE LA AMENAZA DE HITLER

El importante dirigente del Partido Comunista Francés, Marcel Gitton, decía, a raíz de la amenaza de Hitler, que por encima de todo estaba la seguridad de Francia. Más adelante, el comisario de política exterior de la URSS Litvínov (predecesor de Molotov) también daría a entender que la prioridad era mantener las capacidades militares de Francia.

Unos años más tarde, el presidente Blum, también se expresaba en ese sentido: “En cuanto la situación hubiese tomado un cariz peligrosamente tenso hubiésemos tenido en Francia lo equivalente al golpe de fuerza de Franco. Antes de una guerra extranjera, Francia hubiese tenido una guerra civil, y con pocas probabilidades de éxito para la República”.

En cambio, como demostrará la historia, en el seno del ejército francés también existía un sector reaccionario –representado por el general Pétain– que posibilitó que el régimen de Vichy se estableciera solo en el contexto de la ocupación nazi, precisamente por falta de fuerzas. Más adelante el Partido Comunista de España explicaba la situación de la siguiente manera: “En las condiciones de 1936, un golpe fascista en Francia estaba condenado al fracaso (...) Lo que Blum quiso evitar, lo que temía, era que se fortaleciese el movimiento revolucionario del proletariado, y que triunfara plenamente el Frente Popular, no sólo en España, sino también en Francia”. Y es que en España también se dio una situación revolucionaria en julio de 1936, pero para entonces en Francia el potencial revolucionario de la huelga obrera ya se había apagado por la vía de la reforma.

La dialéctica del contexto histórico, junto con la acción propagandística del Partido Comunista Francés, convirtió al partido en referente principal del proletariado francés para 1936



El Partido Comunista Francés se encontraba en un duro aprieto: si se impulsaba la organización de los soviets era posible llevar a cabo la conquista del poder político con una tendencia creciente; pero eso podría desencadenar una guerra civil, o bien la invasión hitleriana

Las posiciones del Partido Comunista Francés fueron decisivas en todos los sentidos. Las decisiones tomadas en mayo-junio del 36 condicionaron totalmente el destino de la revolución socialista internacional, la Segunda Guerra Mundial y la URSS

Con todo, el Partido Comunista Francés se encontraba en un duro aprieto: si se impulsaba la organización de los soviets era posible llevar a cabo la conquista del poder político con una tendencia creciente; pero eso podría desencadenar una guerra civil, o bien la invasión hitleriana. La URSS quería mantener la potencia militar de su aliado francés costara lo que costara, para que la escalada bélica no se materializara en un golpe imperialista unificado en su contra. Junto con ello, estaba por ver qué posición tomarían el resto de países del bloque imperialista (Estados Unidos y Reino Unido, principalmente) frente a una Francia proletaria. Por otro lado, como decían los dirigentes del Partido Comunista Español (liderados por Dolores Ibarruri), la participación de Thorez y Blum en la huelga del 36 condicionó profundamente las opciones para la victoria de la revolución española.

Con todo, se puede decir que las posiciones del Partido Comunista Francés fueron decisivas en todos los sentidos. Las decisiones tomadas en mayo-junio del 36 condicionaron totalmente el destino de la revolución socialista internacional, la Segunda Guerra Mundial y la URSS. Aun así, al igual que el poder de los soviets podía abrir puertas en el territorio francés, los peligros también eran colosales, en tanto que la expansión territorial del fascismo implicaría una dictadura terrorista para el comunismo y cualquiera que se organizase por el partido del orden. Lukács sintetizaba de la siguiente manera las dos caras de la elección a la que se enfrentaba la URSS, entre la idoneidad y la adversidad: "El colapso de la URSS en la SGM habría significado un aplazamiento de 200 años de las perspectivas del socialismo. Tuvimos que pagar un precio muy alto por ello: la decepción de muchos con respecto al socialismo y al marxismo". Tomemos en cuenta, además, que las previsiones que la URSS hizo se cumplieron en lo que se refiere a las oligarquías estadounidenses, inglesas y francesas; por un lado, tal y como demostró el Pacto de Múnich de 1938, y por otro, poniendo

tantos obstáculos como era posible para llegar a acuerdos con la URSS, soflamando constantemente las condiciones para que Hitler atacara a la URSS. El acuerdo Ribentrop-Molotov solo puede entenderse en ese contexto.

En resumen, parece que al final la amenaza del fascismo condicionó la labor del Partido Comunista Francés: había que evitar todas las situaciones que podían dar oxígeno al fascismo, y la URSS debía ganar tiempo "para prepararse para la lucha sagrada". En este proceso había que evitar las "disputas internas" en Francia, fuera como fuera, como decía Litvínov.

En la historia del comunismo y, en general, en la historia de la humanidad, suelen darse unos momentos estelares (recordando las palabras de Stefan Zweig), en los cuales una decisión puede condicionar las siguientes décadas o siglos. Sospecho que en la convulsa década de los 30 se dieron muchos de esos momentos, y que uno de ellos fue resultado de la tarea del Partido Comunista Francés. Es prácticamente inimaginable qué hubiera sucedido si los acontecimientos hubieran tomado otro rumbo, pero, sin embargo, y sin tener sobre la mesa todos los elementos para profundizar en esos sucesos, es evidente que se les impuso un duro destino a los comunistas de la época a la hora de deliberar sobre el contexto. Renunciaron a las condiciones inmediatas para la revolución y priorizaron las condiciones de lucha para el futuro, demostrando una inteligencia y ética estratégica impresionantes. Las decisiones podían haber sido mejores o peores, y continuaremos analizándolas y aprendiendo de ellas, pero lejos del juicio moralista y del izquierdismo, es necesario ensalzar el esfuerzo, la determinación y la heroicidad de los comunistas de la época. Gracias a esas decisiones actualmente podemos plantear la reconstrucción del comunismo; gracias a esas decisiones podríamos encontrarnos a las puertas de un nuevo ciclo revolucionario. ●



EL NUEVO PCI: UN VUELO DE ALTOS RIESGOS



Texto — **Telmo Zulaika**

Con el gobierno fascista de Mussolini, todo partido de la oposición fue ilegalizado. Así fue también para el Partido Comunista Italiano (PCI) el 5 de noviembre de 1925. Pronto se cumplirá un siglo desde su ilegalización, un siglo desde que la actividad del joven partido comenzaría a desarrollarse en la clandestinidad. El exilio y encarcelamiento de muchos de sus líderes como Bordiga y Gramsci, quien era el secretario general del PCI hasta entonces, fue un duro golpe, aunque no fatal. La incapacidad de hacer frente a las tácticas y a la fuerza del régimen fascista trajo dificultades al joven partido, que para 1928 había reducido su número de militantes a 7.000 y tuvo que reestructurarse para adaptarse a la nueva situación. Será durante la Segunda Guerra Mundial en Italia que el PCI resurgirá como un gran partido gracias al desempeño y capacidad de sus militantes.

Siguiendo a Marchini podríamos decir que existieron tres eventos significativos que marcaron el posterior desarrollo del PCI en la Segunda Guerra Mundial. El primero fue la demanda de unidad antifascista que despertó entre los militantes comunistas y socialistas que concluyó con el pacto de acción en agosto de 1934. Además, esta se conjuga con la política frentepopulista que se asentará en el séptimo congreso de la Tercera Internacional en 1935. La cooperación no fue un camino sin obstáculos, hubo un momento de tensión en la alianza con los socialistas en 1939, debido al tratado de no agresión entre Alemania y la Unión Soviética, aunque la colaboración no llegó a romperse y comenzó a operar a pleno ritmo al romperse el pacto en el 41 debido a la invasión de la Alemania nazi sobre la URSS.

Un segundo momento importante fue la participación de los militantes exiliados de Italia en la guerra civil española. Por un lado, adquirieron una experiencia que pondrían a prueba en las filas de la Resistencia italiana; por otro lado, los comunistas tomaron el liderazgo entre las fuerzas antifascistas en esta lucha. Será esta experiencia la que formará la columna del movimiento partisano de Italia.

Un tercer y último evento fue la atmósfera que se vivía en Italia en 1940 con su entrada en la guerra, por un lado, motivada por una apatía generalizada cansada de años de guerra contra Etiopía y España; por otro lado, el grupo militar fascista estaba mal equipado debido al envío de armas hacia dichos países. Fue un desastre para el fascismo y para Mussolini, y el ejército italiano sufrió derrotas desde el comienzo. Como dice Marchini, para el PCI la guerra no era solamente una oportunidad para coordinar una resistencia con los grupos antifascistas y demoler el fascismo completamente, era la tan esperada oportunidad de fundar el liderazgo en la clase trabajadora para llevar el comunismo a Italia.

Para tratar de acercarse a la historia del comunismo italiano, estos son los que considero los acontecimientos principales que tendrán lugar a lo largo de la segunda guerra mundial: la actuación del PCI una vez roto el tratado de no agresión entre Alemania y la Unión Soviética hasta la caída de Mussolini, el papel hegemónico del PCI en la Resistencia, y el viraje estratégico y táctico del PCI.

DESPEGUE EN LA CLANDESTINIDAD

En julio de 1941, Togliatti, secretario general del PCI exiliado en Moscú, envió a Umberto Massola para contactar los pequeños grupos comunistas, que mantuvieron su existencia en la Italia de Mussolini, para poder renovar sus actividades. También consiguió restablecer la imprenta y distribución del boletín clandestino *Quaderni di lavoro*, herramienta propagandística y de lucha por medio del cual se difundieron las posiciones oficiales del partido dictados por Togliatti durante las emisiones de Radio Moscú para mantener viva la estructura del partido.

En otoño de 1941, con la entrada de la Unión Soviética en la guerra y la intuición de una pronta derrota del fascismo, los comunistas comenzaron su asedio. Los organizadores del partido se dirigieron a las fábricas de las ciudades del norte para establecer núcleos y dar comienzo a un proceso de educación mediante la propaganda que predicaba la derrota del fascismo. El PCI consiguió su objetivo de mandar infiltrados para agitar a la población y particularmente para canalizar el malestar entre los trabajadores de las fábricas. Este era el punto focal del PCI a la hora de reunir a las fuerzas de la revuelta: la clase trabajadora de las ciudades industriales del norte. Durante 1941 y 1942, los comunistas pudieron hacer su trabajo y demostraron sus habilidades organizando y movilizándolo a los trabajadores en las fábricas, los infiltrados restablecieron núcleos en lugares de suma importancia como por ejemplo la empresa Fiat para intentar sabotear la producción militar.

Su capacidad organizativa no quedó desaprovechada. Durante la segunda mitad de 1942 y principios de 1943, los comunistas iniciaron y dirigieron una larga serie de huelgas mediante las cuales lograron interrumpir la producción militar en las fábricas italianas. Esto culminó con la huelga de 1943 en la gran planta de Fiat en Turín.



Para el PCI la guerra no era solamente una oportunidad para coordinar una resistencia con los grupos antifascistas y demoler el fascismo completamente, era la tan esperada oportunidad de fundar el liderazgo en la clase trabajadora para llevar el comunismo a Italia

Aunque las revueltas del 43 no fueran las primeras en estar en firme oposición al régimen fascista, fueron importantes porque demostraron el potencial y la acción que podrían suscitarse en contra de la continuación de la guerra y a favor de la caída del fascismo. Para el PCI, las huelgas afirmaron su liderazgo y control de los trabajadores; para los fascistas, las huelgas de 1943 señalaron un nuevo fenómeno en Italia: una oposición organizada y eficaz frente a sus normas. Por un lado, fue la primera vez que los fascistas experimentaron una demostración poderosa dirigida contra ellos y con las que no fueron capaces de lidiar satisfactoriamente. Aunque la represión policial actuó dentro y fuera de las fábricas, fueron incapaces de romper las huelgas y tuvieron que ceder ante la demanda de los trabajadores. Además, el régimen fascista se vio obligado a lidiar con una ramificación de huelgas que se extendió más allá de Turín.

Los mismos que iniciaron las revueltas, comunistas entre ellos, se reunieron en Francia y afirmaron un propósito común de proceder en la tarea de destruir los elementos políticos, económicos y sociales que habían hecho posible el fascismo, restableciendo la democracia en Italia y reconstruyendo un Estado que aseguraría el poder de los trabajadores. De la conferencia de Lyon surgió un documento antifascista que por primera vez reconocía explícitamente y de manera unánime la necesidad de una insurrección nacional para derrocar al enemigo. Llamaba a manifestaciones en las calles, a huelgas para sabotear la producción de guerra, a la organización de grupos partisanos para luchar contra el enemigo y, en general, a que el pueblo italiano se afirmara antifascista tomando las armas. El movimiento de la Resistencia con sus partisanos y Comités de Liberación Nacional (CLN) proporcionarán el liderazgo para la derrota del fascismo.



Un momento crucial para el desarrollo político del PCI llega el 25 de julio de 1943 con la caída del régimen de Mussolini dada la crisis interna de su grupo dirigente. Encontrándose en una minoría en el Gran Consejo Fascista, Mussolini dimitió.

Badoglio, nombrado por el rey Vittorio Emanuele III, encabeza un nuevo gobierno en Italia que firmó el armisticio con los Aliados. Esto provocó la reacción inmediata de Alemania que ocupó el centro y el norte de Italia creando la República Social Italiana en la que Mussolini fue puesto como líder. Comenzó entonces lo que se conoce como la guerra civil italiana.

PCI, PILOTO DE LA ITALIA QUE RESISTE

Italia era un país dividido en dos. Mientras que el sur era liberado por los aliados y se establece un gobierno monárquico, en el centro-norte, invadido por los alemanes, la resistencia va rápidamente tomando forma.

El Partido Comunista Italiano inició en este período con tres ventajas fundamentales. La primera era la existencia de una organización que se había mantenido viable desde un principio gracias a esfuerzos clandestinos desde el extranjero y desde la propia Italia; esta organización intacta era superior a cualquier otra estructura existente en el país. La segunda fue el creciente apoyo de las clases trabajadoras industriales del norte, apoyo que ya había quedado recalado en las huelgas industriales de 1943. La última ventaja de los comunistas era su participación y liderazgo en la Resistencia.

Además de obtener ayuda de distintos lugares como los trabajadores industriales que reducían su ratio de producción para herir la producción de guerra alemana o el campesinado que no suministraba productos agrícolas y escondía cuando era posible a los partisanos, la Resistencia estaba compuesta por un ala política y otra ala militar. El ala política estaba compuesta por Comités de Liberación locales, la segunda mayor división era el

ala militar, y a sus miembros se les denomina partisanos. En el 44, tras lograr reunir a los partidos antifascistas en Comités de Liberación como órganos de dirección reconocida y al promover mediante reivindicaciones económicas huelgas de obreros en los grandes centros del Norte que, aunque no estaban unificados con la acción partisana y eran lentamente politizados, daban apoyo a la Resistencia, también en respuesta a las represiones fascistas indiscriminadas, se consiguió influir en grandes sectores de la opinión pública.

En la vanguardia de esta lucha estuvieron los y las comunistas. Además, el PCI tenía las mejores y más grandes brigadas partisanas; estas se llamaban brigadas Garibaldi, eran las mejores organizadas y aunque no todos los miembros de sus unidades fueran comunistas era una necesidad que el liderazgo en el grupo lo llevaran cuadros comunistas. Aunque constituían más o menos la mitad de las brigadas partisanas de la Resistencia no estaban solos en este movimiento, a su lado estaban otros movimientos antifascistas como el Partido Socialista Italiano (PSI) o Democracia Cristiana (DC).

Los y las comunistas que participaron en la Resistencia eran disciplinados y comprometidos al partido, establecieron una actitud en las brigadas de subordinación hacia la causa de la Resistencia. Aun así, para el PCI la Resistencia era un punto de inflexión, es decir, no era solo una fuerza nacional organizada para expulsar a los alemanes de Italia, sino que también representaba un movimiento que remodelaría la estructura política y social del país. Por tanto, el PCI tenía dos objetivos en la Resistencia, el primero compartido con todos los grupos que formarían el movimiento.

Para el PCI, las huelgas afirmaron su liderazgo y control de los trabajadores; para los fascistas, las huelgas de 1943 señalaron un nuevo fenómeno en Italia: una oposición organizada y eficaz frente a sus normas



El PCI tenía las mejores y más grandes brigadas partisanas; estas se llamaban brigadas Garibaldi, eran las mejores organizadas y, aunque no todos los miembros de sus unidades fueran comunistas, era una necesidad que el liderazgo en el grupo lo llevaran cuadros comunistas

La actuación en la consecución del primer objetivo fue clave por la efectividad de sus habilidades organizativas y por su liderazgo, no solo en las brigadas Garibaldi sino como ejemplo para todas las demás bandas partisanas. En 1944 el PCI introduciría el concepto de comisario político. Las brigadas Garibaldi tenían un comisario por cada 50 personas y su tarea principal era inculcar disciplina en su grupo. Esto se conseguía por medio de discusiones y lecturas de carácter político en las cuales invertían las horas que fuesen necesarias cada día. Un ejemplo del sistema de disciplina de los comisarios se refleja en la instrucción citada: "Siempre que los comunistas se encuentran en fábricas, pueblos, oficinas o formaciones partisanas tienen el deber de organizarse y llevar a cabo actividades. De no ser así, dejan de funcionar en la práctica dentro del partido. Hay debilidad e indisciplina donde no hay comunistas, y estos solo

son un elemento de fuerza si están organizados". Además, el comisario era responsable de coordinar el trabajo del PCI entre su grupo partisano y el partido. Para eso supervisaba a la persona que reportaba al comité federal en cada provincia. Este comité coordinaba el funcionamiento de todos los núcleos en las bandas partisanas existentes en su provincia, y, si no existían núcleos donde deberían estar presentes, el comisario era responsable de su creación inmediata.

Hay que recalcar que la responsabilidad del comisario no fue un uso exclusivo del PCI, sino que los otros grupos copiaron la idea. Cuando eso pasó, los comunistas hicieron un gran esfuerzo para poner a una persona de su partido en esas posiciones estratégicas.

Aunque muchos grupos partisanos produjeron periódicos, panfletos o incluso boletines, el PCI surgió como referente propagandístico y de agitación dentro del movimiento

Aunque muchos grupos partisanos produjeron periódicos, panfletos o incluso boletines, el PCI surgió como referente propagandístico y de agitación dentro del movimiento. Publicó más material que muchos otros grupos y regularmente producía publicaciones para las bandas partisanas. El principal objetivo de las publicaciones era mantener la moral de la Resistencia y dar a conocer sus ideas. *La nostra lotta* era un panfleto de agitación, *L'Unita* el periódico diario del partido y *La Rinascita* fundada por Togliatti en 1944 una revista mensual para formar una guía ideológica del movimiento comunista.

A medida que las cualidades organizativas y de liderazgo del PCI salían a la luz, estas emergieron de nuevo, con los Gappisti (GAP) primero y con los Sappisti (SAP) más tarde. Los GAP eran pequeñas unidades clandestinas especializadas en acciones urbanas de sabotaje, atentados selectivos y propaganda armada. A diferencia de los SAP, que actuaban en grupos más amplios centrados en la defensa y sabotaje industrial. Su papel fue crucial para mantener la presión sobre el enemigo en las ciudades, aunque también provocó duras represalias por parte de los nazis y fascistas.

Además de introducir métodos organizativos e innovaciones tácticas, el PCI obtuvo el liderazgo entre las fábricas de los centros industriales. Aunque los trabajadores no fueran técnicamente parte de la Resistencia, para el PCI ellos eran el proletariado que ayudaría a ejecutar el cambio político, social y económico de la sociedad italiana en la posguerra. En marzo del 44 el PCI junto con el CLN de Italia del norte organizó una huelga general que sería un éxito gracias a la organización y habilidades de agitación del PCI que involucró a muchísimas personas. La huelga consiguió frenar la producción armamentística para Alemania, además, señaló el comienzo de una mayor hostilidad al fascismo y pareció fortalecer una actitud de trabajo unitario para derrotar al enemigo.

La participación del PCI en la Resistencia fue exitosa en cumplir su primer objetivo de derrotar a los alemanes y a los fascistas el 25 de abril de 1945, aunque el segundo objetivo por el que participaban en el movimiento no se realizaría.

CAMBIO DE RUMBO

En *El sastrero de Ulm* Magri se pregunta cuál fue la fecha del nacimiento del nuevo PCI y responde que el 27 de marzo de 1944. Ese día Togliatti volvió a Italia y propuso una decisión a su partido y al antifascismo. Esa decisión se conoce como el giro de Salerno, la resolución del PCI de ingresar en el gobierno con la participación de los seis partidos (incluido el PCI) que integraban el Comité de Liberación Nacional.

A la llegada de Togliatti había dos nudos que había que deshacer. Por un lado, que carácter y objetivos debería tener la guerra en curso; por otro lado, qué alianzas se debían obtener para conseguir el mayor impulso posible. La idea era tratar de romper la actitud de espera frente a los acontecimientos. Parecía que la guerra estaba a punto de terminar, pero, ¿qué significaba esto? ¿Qué salida prever y que construir para la posguerra? Togliatti vino a desenmarañar el nudo de raíz. En ese momento las fuerzas antifascistas corrían el riesgo de paralizarse por la distancia que separaban a las fuerzas del norte y del sur. La primera discrepancia se centraba en la relación a establecer con la monarquía y con Badoglio, porque los Aliados los habían legitimado y colaboraban en zonas ocupadas. Los partidos antifascistas rechazaban, tanto los del sur como los del norte, legitimar la colaboración y excluían luchar bajo aquella bandera. Sin embargo, los partidos de izquierda pedían que se cumpliera la alternativa republicana y la formación de un gobierno alternativo fundado sobre el Comité de Liberación Nacional obligando al rey a abdicar para formar un nuevo gobierno con un nuevo jefe de gobierno. El mismo PCI mantenía un debate intenso, todos excluían un pacto con el gobierno de Badoglio, pero el grupo dirigente asentado en Roma consideraba este debate prioritario, mientras que el grupo de Milán sugería no perder demasiado tiempo y resolver el debate en la práctica, concentrándose en el desarrollo de la Resistencia armada.

En poco tiempo, Togliatti intervino y propuso que el debate sobre si el país debía ser una república o una monarquía debía aplazarse hasta el final de la guerra y dar su resolución mediante un referéndum. De esta manera, Badoglio podría continuar al frente del gobierno con dos condiciones. La primera era incorporar a las fuerzas antifascistas al gabinete y comprometerse seriamente a combatir a los alemanes y fascistas. La segunda condición era que había que liberar la mayor parte de Italia de la ocupación alemana antes que lo hicieran los aliados.

Parecía que la guerra estaba a punto de terminar, pero, ¿qué significaba esto? ¿Qué salida prever y que construir para la posguerra? Togliatti vino a desenmarañar el nudo de raíz

Dos semanas antes del regreso de Togliatti, la URSS anunció formalmente el reconocimiento del gobierno de Badoglio. A esto se sumaba la autoridad de Togliatti, quien había conquistado un gran prestigio y era el líder indiscutible del PCI. Además, Stalin, tras la victoria en Stalingrado y con los ejércitos soviéticos avanzando, gozaba de una popularidad que no se limitaba únicamente a los comunistas. Todo ello contribuyó a que la propuesta fuera pronto aceptada por todos, porque era un compromiso real y al mismo tiempo un relanzamiento de la lucha armada. Además, en ese marco insurreccional se exigía un esfuerzo por parte de todos, pero a su vez se garantizaba un espacio para competir en el futuro. Gracias a la colaboración del partido, el CLN logrará acceder al gobierno y los comunistas ocuparán puestos en los siguientes gabinetes presidenciales, cuya duración será escasa.

Sin embargo, había otro peligro al que Togliatti en su llegada tenía que hacer frente. Tenía que definir una perspectiva táctica y estratégica para la posguerra. La cual tocaba de lleno a las individualidades y organizaciones implicadas en la Resistencia. Las personas que estaban organizando huelgas y quienes combatían en las montañas, entre otras, no se conformaban con la sola restauración de las instituciones existentes antes del fascismo, sino que también querían una democracia abierta al control popular o incluso en muchos casos dar inicio inmediato a una transformación de la sociedad, por tanto, teniendo en cuenta la posición internacional en la que estaría Italia y de las relaciones de fuerza en la propia Italia, ¿cómo y cuándo se podían satisfacer dichas aspiraciones?



Togliatti confirió al giro de Salerno el punto de partida de la refundación del comunismo italiano, configurando la nueva estrategia

Togliatti confirió al giro de Salerno el punto de partida de la refundación del comunismo italiano, configurando la nueva estrategia. Como dice Magri, había que asumir la perspectiva de una República democrática, multipartidista, con plena garantía de libertad de palabra, prensa, religión, pero orientada, desde la carta magna, a un programa de profundas reformas sociales, marcada por una constante participación de los trabajadores y de sus organizaciones, garantes de la independencia nacional, del rechazo de la guerra y la formación de bloques entre las potencias. Para poder recorrer este camino era necesario un partido nuevo, un partido de masas, no solo en sentido numérico, sino porque se basaba en la adhesión a un programa y no en una ideología, porque era capaz de hacer no sólo propaganda sino también política.

Así definió Togliatti el significado de “Nuevo Partido” en su discurso en Roma en 1944: “Un nuevo partido es, ante todo, un partido obrero y popular, que ya no se limita a la crítica y la propaganda, sino que interviene en la vida del país mediante su propia actividad positiva y constructiva. Dicha actividad, que comienza en las secciones de fábrica y de pueblo, debe ser ampliada por el Comité Central y las personas que delegamos para representar a la clase obrera en el Gobierno. Es evidente, por tanto, que cuando hablamos de un nuevo partido nos referimos, sobre todo, a un partido capaz de plasmar en sus políticas, su organización y su actividad diaria el profundo cambio que se ha producido en la posición de la clase obrera respecto a los problemas de la política nacional.” Fue el primer indicio de la nueva identidad a construir inmediatamente.

Caída desde las alturas: el PCI en la posguerra
Después de la derrota nazi-fascista en abril de 1945, miles de partisanos estaban armados y controlaban territorios del norte. Entonces surgió la pregunta: ¿Debían los partisanos entregar las armas y someterse al nuevo gobierno, o debían mantenerlas como garantía para una transformación revolucionaria? El mismo Togliatti fue quien participó en el desarme de la milicia partisana y, como dice Keith Lowe, fue quien visitó personalmente a las zonas más indisciplinadas del país para pedir a los dirigentes locales y provinciales del PCI que controlaran mejor a sus afiliados y se aseguraran que no habría más asesinatos, al igual que el dirigente del Partido Comunista Francés Maurice Thorez dejó claro que debían “mantener la unidad nacional como nuestro bien más preciado”.



Paradójicamente, la cantidad organizativa imponente del PCI, incuestionablemente el mayor de todo Occidente que contaba con dos millones de miembros en 1946, no se convirtió en una fuerza electoral idéntica

Con la entrega de armas y la revolución fuera de escena, el PCI persiguió dos objetivos para no quedar políticamente marginado: la primera era conseguir la unidad de acción con los socialistas italianos; la segunda era llegar a un entendimiento con el partido Democracia Cristiana para persuadirlo de gobernar Italia junto al partido comunista y el partido socialista.

El PCI no era un partido débil, después de soportar veinte años de violencia fascista en su contra, ganó muchísimo prestigio durante la Resistencia y también obtuvo mucho apoyo entre los trabajadores industriales. Esto se demostrará en la territorialización y número de militantes; el partido comenzó un crecimiento constante dado tanto desde el punto de vista de la organización, que se desarrolló rápidamente en todas las ciudades italianas, como en términos cuantitativos, 1.100.000 miembros en 1945. Con buena fuerza en las ciudades obreras del norte y creciendo constantemente en el sur, la consigna del nuevo partido se había hecho realidad en un tiempo increíblemente breve y con un resultado superior al previsto.

Paradójicamente, la cantidad organizativa imponente del PCI, incuestionablemente el mayor de todo Occidente que contaba con dos millones de miembros en 1946, no se convirtió en una fuerza electoral idéntica. Participó en las elecciones generales italianas de 1946 y en el referéndum institucional italiano del mismo año, haciendo campaña a favor de la república. El PCI quedó en tercer lugar, por detrás de la DC y el PSI, obteniendo 4.356.686 votos, casi el 19% y eligiendo a 104 miembros de la Asamblea Constituyente de Italia. El referéndum popular resultó en la sustitución de la monarquía por una república, tras un 54% de votos a favor.

La colaboración en el gobierno entre el PCI y PSI con DC no duró mucho. El inicio de la Guerra Fría cambió radicalmente el equilibrio internacional. En 1947, Estados Unidos impulsó el Plan Marshall para

reconstruir Europa, condicionado a que los países beneficiarios no tuvieran comunistas en el poder. Esto generó una fuerte presión externa sobre Italia, donde el PCI mantenía una estrecha relación con la Unión Soviética. La DC aprovechó este contexto para expulsar al PCI y al PSI del gobierno en mayo de 1947, alineando definitivamente a Italia con el bloque occidental.

A nivel interno, la creciente fuerza del PCI y del movimiento obrero generaba temor entre sectores conservadores, empresariales y eclesiásticos. La DC aprovechó esta polarización para presentar al PCI como una amenaza al orden democrático, y preparó el terreno para las elecciones de 1948, que ganó con amplio respaldo de EE. UU. y del Vaticano. El PCI nunca regresó al Gobierno de Italia.

Escribían Togliatti y Gramsci en 1919 al comienzo del texto *Democracia Obrera*: “Hoy se impone un problema acuciante a todo socialista que tenga un sentido vivo de la responsabilidad histórica que recae sobre la clase trabajadora y sobre el partido que representa la consciencia crítica y activa de esa clase. ¿Cómo dominar las inmensas fuerzas desencadenadas por la guerra? ¿Cómo disciplinarlas y darles una forma política que contenga en sí la virtud de desarrollarse normalmente, de integrarse continuamente hasta convertirse en armazón del Estado socialista en el cual se encarnará la dictadura del proletariado?”

No podemos saber que decisiones hubiera impulsado Gramsci, lo que es un hecho es que la aceptación del giro de Salerno fue el rechazo a la revolución socialista y el primer paso dado a lo largo de la vía italiana al socialismo que el PCI recorrería las próximas dos décadas bajo la dirección de Togliatti. ●



BIBLIOGRAFÍA

Magri Magri, L (2011). *El sastre de Ulm: El comunismo del siglo XX. Hechos y reflexiones.*

Marchini, Aldo U. (1966). *The Italian Communist Party 1921-1964: A profile.*

Togliatti, P (1944). *The political situation in Italy.*

Tosi, Adele K. (1976). *The PCI Resurgent: 1943-1945.*

LA OPOSICIÓN ALEMANA A LA GUERRA

Texto — **Jon Larrabide**

Imagen — **Giangiaco Spadari (1938-1977)**





Los combatientes de Junio, las víctimas de la Comuna, los mártires de la Revolución Rusa: una lista interminable de fantasmas sangrantes. Han caído en el campo del honor, como dijo Marx refiriéndose a los héroes de la Comuna, para ocupar para siempre su lugar en el gran corazón de la clase obrera. Ahora millones de proletarios están cayendo en el campo del deshonor, del fratricidio, de la autodestrucción, (...). Pero no estamos perdidos y la victoria será nuestra si no nos hemos olvidado cómo se aprende. Y si los dirigentes modernos del proletariado no saben cómo se aprende, caerán para “dejar lugar para los que sean más capaces de enfrentar los problemas del mundo nuevo”.

Rosa Luxemburgo



Guerra, guerra, guerra. Guerra, guerra y más guerra. Guerra, guerra y, después, guerra. Hablar de la coyuntura histórica actual significa inevitablemente hablar de la guerra. Vivimos, aparentemente, en un mundo dislocado, en proceso de desintegración. Las dinámicas sociales evolucionan constantemente y esto genera una especie de telón de fondo rasgado por el choque y el conflicto. Parece que el cambio deriva en desequilibrio, y el desequilibrio en guerra, tanto en el plano bélico como en el social. En cualquier caso, esto, lejos de ser un tema de coyuntura, representa más bien una cuestión histórica. Y es que, aunque cambien los actores particulares y su atrezzo, todo el desarrollo histórico de la formación social capitalista (no de manera exclusiva, pero sí específicamente) está atravesada por el cambio, el desequilibrio e, inevitablemente, la guerra. Y es así como se nos presenta a altas horas, encorsetada entre tensiones y contradicciones sociales que no paran de enredarse, tambaleante.

Hoy pretendía, parapetado en la actualidad del tema en general y el interés del caso particular, repasar las actitudes y posicionamientos del Partido Comunista Alemán (KPD) en torno a la guerra. No obstante, uno tiene la mala costumbre de enrollarse cada vez que arranca a hablar. Además, resulta complicado hablar de algo sin relación, sin conexiones ni diferencias. El ejercicio de contextualización y el de establecer un mapa de coordenadas se impone, pues, como punto de partida a la hora de abordar un tema. Así lo exige también este tema a tratar. Hablar del KPD implica hablar de la socialdemocracia alemana, concretamente del SPD. Igual que abordar su postura ante la guerra implica abordar la del SPD. Ya que, a fin de cuentas, el nacimiento del KPD es el corrolato de la traición de la socialdemocracia alemana. Nace y se desarrolla en oposición a ella. La historia del KPD es oposición, incondicional, en el sentido más estricto. Oposición al SPD, oposición a la guerra, oposición a la sociedad capitalista y a todos los horrores que emanan de esta caja de Pandora. En la misma medida en que es el relato de un martirio que descansa, esperando su redención, en los anales de la historia del movimiento obrero.

LA HISTORIA DE UNA BANCARROTA

El Partido Socialdemócrata Alemán (SPD) representa la culminación del cambio de paradigma político organizativo general que se da en el contexto que rodea la inauguración de la II. Internacional. Hablamos de una época que se inaugura partiendo de un cisma político, con tintes tanto estratégicos como territoriales, en el que se trató de hacer de la necesidad virtud, edificando un espacio histórico sobre el que se fueron levantando las estructuras políticas sobre las que versa el ocaso del siglo XIX y el amanecer del XX. Grandes organizaciones de masas, que trascendiendo la gramática política del heterogéneo elenco que caracterizaba la Asociación Internacional de Trabajadores, apostaron de manera más o menos unificada por la síntesis social-democrática (aunque, como comprobaremos a lo largo del relato, esta se comprenda en claves diferentes, y persista la existencia de facciones, y de facciones en pugna), y obtuvieron su reflejo supraestatal en la II Internacional, también conocida como la Internacional Socialista.

En este contexto, el SPD adquirió una importancia crucial en lo respectivo al movimiento obrero internacional de la época. Una influencia y capacidad de dirección cuyo análisis puede ser desplegado a tres principales niveles, en los que podemos desglosar un razonamiento tanto en términos absolutos como relativos. En primer lugar, el SPD contaba con la militancia más numerosa en el panorama internacional, organizada además dentro de un entramado organizativo muy amplio en el que se

A fin de cuentas, el nacimiento del KPD es el corrolato de la traición de la socialdemocracia alemana. Nace y se desarrolla en oposición a ella. La historia del KPD es oposición, incondicional, en el sentido más estricto

El militarismo (...), es el resultado fatal del estado permanente de guerra abierta y latente, impuesto sobre la sociedad por el sistema de explotación del hombre por el hombre y la lucha de clases

contaban partido, sindicato y demás organizaciones obreras desplegadas a lo ancho de los diversos ámbitos de la vida social, en coherencia con la visión socialdemócrata de los “dos mundos”. Este es por sí solo un hecho que serviría para justificar de alguna manera su referencialidad e influencia o peso. No obstante, adquiere una mayor significación cuando la valoramos a la luz de la coyuntura política de la época que responde al segundo de los elementos. Y es que, en la casi mitad de siglo que comprende este nivel del análisis, la socialdemocracia alemana caminó en una senda ascendente en la arena electoral, tanto a nivel general como sindical. Algo que encaja a la perfección con la tendencia y la creencia general de la época, muy centrada en abordar el poder parlamentario de manera gradual a través de las urnas y “el trabajo diario”. Este proceso se dio de la mano de una suerte de profesionalización, que tornándose en objetivo en sí mismo, derivó en un partido burocratizado y exclusivamente centrado en la conquista de reformas, que a la vez que aproximaba la consecución del socialismo, servía para seguir ganando posiciones entre las masas. En tercer lugar, el SPD recibió el testigo de la dirección teórica del movimiento, principalmente a través de las figuras puente entre los padres fundadores del marxismo y la II Internacional, tales como Bebel o Kautsky.

A su vez, el SPD fue la organización encargada de promover el nacimiento de la II Internacional, una organización supraestatal con el objetivo de reconstruir la unidad operativa del proletariado como sujeto internacional. No sorprenderá a nadie el señalamiento de la fuerte vinculación que la II Internacional tuvo desde un primer momento con la guerra. El carácter caprichoso de las tendencias históricas situó el nacimiento de la II Internacional en el mismo mapa de coordenadas al que tres décadas más tarde debió su muerte. Las décadas finales del siglo XIX albergaron el proceso de acumulación que a más de un siglo de distancia reconocemos

bajo el término “imperialismo”. Época de fuerte desarrollo capitalista con un marcado componente territorial tanto a la hora de delimitar o definir a los agentes implicados, como a la hora de establecer sus pautas relacionales. Semejante coyuntura histórica obligó a la Internacional a dar pasos firmes hacia la caracterización de la guerra y a adoptar posiciones frente a ella. La resolución del Segundo Congreso de la Internacional oficiado en Bruselas (redactada por Wilhelm Liebknecht, líder y fundador del SPD, junto con Édouard Vaillant) habla de ella en los siguientes términos: “El militarismo (...), es el resultado fatal del estado permanente de guerra abierta y latente, impuesto sobre la sociedad por el sistema de explotación del hombre por el hombre y la lucha de clases (...) Declara que todos los esfuerzos encaminados a obtener la abolición del militarismo y la instauración de la paz entre las naciones (...) sólo pueden ser utópicas e impotentes si no alteran las fuentes económicas del mal”. Asimismo declara que “el único medio capaz de evitar una guerra general” es “el triunfo del socialismo”, en un llamamiento “a todos los trabajadores (...) contra todos los deseos de guerra y contra las alianzas que la favorecen”.

Esta tesis sienta las bases del discurso y la acción política que desarrolló la Internacional Socialista a lo largo de los próximos años, cuya pertinencia se ratificó (a la vez que se profundizó y concretó) en los congresos que se llevarán a cabo en los años posteriores, léase en Zurich, Londres, París y Stuttgart. En todos ellos, los miembros de la socialdemocracia alemana desempeñaron un papel protagónico a la hora de presentar informes, redactar resoluciones, presentar enmiendas y participar en los debates. Tal y como nos informa Rosa Luxemburgo en su *Folleto de Junius*, sobre el que seguro volveremos más tarde: “La socialdemocracia alemana era la joya de las organizaciones del proletariado consciente. Las socialdemocracias de Francia, Italia y Bélgica, los

movimientos obreros de Holanda, Escandinavia, Suiza y Estados Unidos, seguían ilusionados sus pasos. (...) En la Segunda Internacional la socialdemocracia alemana era sin duda el factor decisivo. En cada congreso, en cada plenario del Buró Socialista Internacional, todo dependía de la posición del grupo alemán”. Además, lejos de ser un posicionamiento meramente propagandístico, esta tesis estaba dirigida a la acción desde su misma formulación (en la que ya se recogen condenas y propuestas para la acción concretas) y posteriormente se desarrolló en campañas de lucha concretas a medida que el escenario internacional explotaba en su camino hacia la Gran Guerra.

En cualquier caso, las cosas empezaron a cambiar a medida que el momento crucial se acercaba. La traición de los dirigentes de la II Internacional no es un hecho que pueda explicarse, por supuesto, sin observar el desarrollo de tendencias y grietas presentes desde el nacimiento mismo del SPD (en tanto que es imposible sustraerlo del estado del movimiento obrero de la época y sus características). Cada posicionamiento concreto responde en última instancia a un planteamiento estratégico general, así como a cambios o transformaciones políticas que responden de manera más directa a la coyuntura. Podría decirse que en este caso el proceso responde a tres principales factores;

Una falta de claridad en los principios políticos más generales (en los que se establece una especie de separación entre el análisis de la realidad y la manera de enfrentarse a ella), una coyuntura histórica específica (en la que el capitalismo se encontraba en una fase ascendente, especialmente en el caso de Alemania, del que derivan ideas como la del “ultraimperialismo”, y del que nace una cada vez más abundante capa de estratos medios que

creen encontrar en su colina de migajas un bastión a defender), y una coyuntura y evolución política concreta (en la que los datos, resultados electorales y sindicales cada vez adquirieron una mayor significación y fueron imponiéndose sobre el resto de interpretaciones posibles).

El caso es que por una cosa o la otra las posiciones de una parte de la socialdemocracia alemana empezaron a resbalar de manera gradual hacia el nacionalismo y el belicismo, aduciendo razones de índole defensiva. Es necesario señalar que este proceso se dio en la forma de una pugna dentro del partido, en el que se debatieron en adelante posiciones contrapuestas. No obstante, el simple hecho de que este tipo de ideas o razonamientos se hiciesen de manera pública, y nada menos que en un congreso del partido, representa en sí mismo, como poco, una ruptura respecto a la línea y a la acción política del SPD hasta la fecha. Las palabras de Noske en el Congreso de Essen resultan clarificadoras al respecto: “En el caso de que nuestro país se vea seriamente amenazado, los socialdemócratas defenderán su patria con entusiasmo (...), pues no son menos patriotas que la burguesía (!)”. En cualquier caso, se puede puntualizar que los posicionamientos oficiales seguían apuntando en la dirección pautada por los distintos congresos antes mentados, dirección reforzada por la actividad llevada a cabo por el partido a lo largo de los meses que preceden a la tormenta. Para hacernos una idea, apenas diez días antes de la votación de los créditos de guerra, una semana antes de que el gobierno alemán declarase la guerra a Rusia, el partido aún seguía manifestando que “el proletariado consciente de Alemania, en nombre de la humanidad y de la civilización, eleva una vibrante protesta

Con una relación de 68 votos a favor frente a 14 en contra, la bancada socialdemócrata decidió votar unánimemente (siguiendo la disciplina de voto) a favor de los créditos de guerra, abriendo las puertas del proceso histórico a escala internacional, que en adelante conoceremos bajo la denominación de “bancarrotas”



contra los promotores de la guerra”.

La irrupción de la guerra encajó perfectamente en esta combinación de factores, para dar pie al que Rosa Luxemburgo definió como “una de las fechas más negras en la historia del movimiento socialista internacional”. Todo el abanico político se impregnó del macabro discurso maniqueo de los agresores y los agredidos para cerrar filas en torno a la defensa de la patria y la “unión sagrada”. La posibilidad de un periodo de paz a nivel internacional se había esfumado, y la dirección socialdemócrata decidió tomar partido al respecto. Con una relación de 68 votos a favor frente a 14 en contra, la bancada socialdemócrata decidió votar unánimemente (siguiendo la disciplina de voto) a favor de los créditos de guerra, abriendo las puertas del proceso histórico a escala internacional, que en adelante cono-

ceremos bajo la denominación de “bancarrotas”, un cisma de carácter irreversible, cuya consecuencia más sonada será la creación de la III Internacional, en este caso comunista. Este proceso a escala internacional, a su vez, se descompone en tajantes procesos de ruptura en los diferentes partidos socialdemócratas de la época. El caso del SPD representa, en este caso también, la norma. Lenin nos lo explica con las siguientes palabras: “Los líderes de la Internacional han traicionado al socialismo votando los créditos de guerra (...) Si el socialismo se encuentra así, deshonorado, la responsabilidad incumbe ante todo a los socialdemócratas alemanes, que eran el partido más fuerte e influyente de la II Internacional”.

El nombre de “espartaquistas” responde a la facción socialdemócrata conformada, tomando como base la crítica a la socialdemocracia y las tesis desarrolladas por Rosa Luxemburgo en el “Folleto de Junius”. Representaban la encarnación de la tendencia comunista dentro del partido

LA OPOSICIÓN

Esa misma tarde, distintos miembros del partido, entre los que se encontraban Rosa Luxemburgo y Franz Mehring (militante de gran importancia dentro del partido debido a su pertenencia a una generación previa y a su nivel político y experiencia) se reunieron con el objetivo de tomar partido en la nueva coyuntura política. Aunque la decisión de votar en favor de los créditos de guerra significaba de facto la ruptura entre las distintas tendencias que coexistían dentro del SPD, debido al cariz irreconciliable de las posiciones defendidas por cada una de ellas, el proceso de desintegración a nivel organizativo del SPD debió esperar. La oposición se enfrentaba a una mezcla de principios y vértigos, que le impidieron dar un paso adelante y consumir la escisión. La esperanza (que se realizó solo parcialmente) de generar un debate en las bases del partido con el objetivo de ganar posiciones en la correlación de fuerzas se encontró con el miedo a caer en el ostracismo político, dando pie a una complicada relación en la que el principio político que primaba la conquista del aparato político del partido por parte de las bases (enfrentada a la visión bolchevique de ruptura sin reservas con el oportunismo, aunque eso significara la creación de un nuevo partido) hizo las veces de aglutinante. Esta decisión derivó en una actividad de propaganda y un debate (principalmente en clave intrapartidaria) que se prolongó durante un par de años, en los que fue adquiriendo un carácter cada vez más público.

En cualquier caso, a partir de cierto momento la situación se hizo insostenible. Además de la existencia de tres principales facciones (mayoritarios, centristas y radicales de izquierda) en guerra abier-

ta (en la que los últimos no dudaban en criticar de forma abierta las posiciones de los dos primeros y en la que los primeros no dudaban en colaborar con las autoridades para aplastar a los dos últimos) dentro del partido, la situación degeneró hacia la creación de dos grupos parlamentarios y, a su vez, la oposición fue adquiriendo gradualmente cuerpos organizativos autónomos de manera paralela.

A este nivel del relato, es necesario señalar la coyuntura histórica específica y las condiciones a las que la oposición tuvo que adaptar su actividad, en tanto que dibujan el marco que delimita las posibilidades y potencias de esta. El primer elemento lo encontramos en la división interna de la oposición, que, unificada de manera forzada por el desarrollo de los acontecimientos, se encontraba muy dividida en diversas organizaciones con posturas además contrapuestas (la acción cruzada de constante crítica y denuncia entre los principales representantes de cada una de estas líneas es un reflejo de esto). Debemos sumar a esto el hecho de desarrollar su actividad en un campo de juego muy complejo, limitado a nivel externo por el estado de guerra (que a nivel práctico se traduce en la supresión total de libertades políticas y económicas, aunque los partidos del orden gozarán de cierto margen de manobra) y a nivel interno por la intensidad con la que el discurso de la “defensa de la patria frente al enemigo” logró calar en las capas populares alemanas.

En tercer lugar, observamos la debilidad organizativa y, en consecuencia, efectiva que atravesará a toda la constelación de organizaciones minoritarias dentro del SPD. La dirección controlaba no solo el aparato del partido en sentido estricto, sino también en el sentido más amplio (entiéndase dentro de la vasta extensión del tejido organizativo desarrollado por la socialdemocracia alemana): sindicatos, organizaciones, medios de comunicación... todos respondían a los designios de la dirección. La oposición, por el contrario, tenía que sacarse las castañas del fuego tanto a nivel de estructuras como de herramientas con las cuales desplegar su actividad, y no contó con un aparato de partido propio hasta tiempo más tarde, cuando la escisión se consumió, y aún entonces sus capacidades operativas fueron reducidas y, en cualquier caso, mucho menores que las de los mayoritarios. En relación con este último punto, merece una mención especial la vigilancia canina a la que estaban sometidos los militantes de la oposición y la represión sufrida por estos (los comunistas,, principalmente) proveniente de la facción mayoritaria del SPD y los cuerpos del orden en Alemania, que obligaba a la oposición a desplegar su actividad política en la clandestinidad y al margen (y en contra) de la ley, obligada a su vez a reinventarse constantemente (por la rotación de militantes –resultado de encarcelaciones y movilizaciones al frente– y por el cierre, suspensión o ilegalización de las distintas plataformas de agitación). La guinda del pastel la ponen las coordenadas tácticas y estratégicas de la socialdemocracia de la época y más concretamente de la alemana antes mencionadas.

Con el tiempo, la oposición se fue perfilando de manera más individualizada. Tuvo que pasar en primer lugar por el proceso de escisión formal, o expulsión del partido por parte de los mayoritarios. De esta expulsión nació el USPD, el Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania, una especie de cajón de sastre en el que acabaron todos los restos políticos divergentes del SPD, a pesar de que la relación entre ellos fuese por lo menos compleja, y mutuamente indeseada. A pesar de encontrarse en una nueva coyuntura, los espartaquistas no se decidieron a romper, una vez más, con los restos del oportunismo. El nombre de “espartaquistas” responde a la facción socialdemócrata conformada como tal en marzo de 1916, tomando como base la crítica a la socialdemocracia y las tesis desarrolladas por Rosa Luxemburgo en el *Folleto de Junius*. Representaban la encarnación de la tendencia comunista dentro

del partido (aunque no fuera exclusiva a ellos) y reunía a los elementos que de manera más resuelta, decidida y abierta se habían opuesto a la línea mayoritaria del partido, pagando por ello con la movilización y el presidio. Sus tesis mantenían la coherencia con la doctrina de la tradición socialista y con las tesis adoptadas a lo largo de los distintos congresos de los años anteriores a la guerra. Su posición es clara y transparente. “Avergonzada, deshonrada, nadando en sangre y chorreando mugre: así vemos a la sociedad capitalista (...) Y en medio de esta orgía, ha sucedido una tragedia mundial: la socialdemocracia alemana ha capitulado”, leemos en las palabras que abren el *Folleto de Junius*. Representan en ese sentido una de las expresiones más puras y rectas de la oposición en Alemania.

Su incansable oposición frente a la guerra se despliega en las mismas coordenadas de claridad y transparencia. “Federico Engels dijo una vez: ‘La sociedad capitalista se halla ante un dilema: avance al socialismo o regresión a la barbarie’. ¿Qué significa ‘regresión a la barbarie’ en la etapa actual de la civilización europea? (...) En este momento basta mirar a nuestro alrededor para comprender qué significa la regresión a la barbarie en la sociedad capitalista. Esta guerra mundial es una regresión a la barbarie”. Denunciaban el carácter estructural de la guerra, así como la corrupción en la falsa bandera del chovinismo y la defensa nacional. Pero, sobre todo, dibujaron una hoja de ruta: “la presente guerra mundial (...) tiene la misión de llevar al proletariado alemán a la dirección del pueblo y así crear el comienzo del gran conflicto internacional entre el capital y el trabajo por la supremacía política del mundo” (aunque no coincida del todo con la tesis sostenida por Lenin de la necesidad de tornar la guerra imperialista en guerra civil).

Y EN ESO LLEGÓ 1917

Y en eso llegó 1917. La evolución de los acontecimientos, tanto a nivel general como bélico, abrió una nueva fase histórica. La guerra había seguido apilando muerte y miseria en los meses en los que se desarrollaban los acontecimientos descritos. La estabilidad social en los países contendientes pendía de un hilo. Tanto es así, que la revolución de febrero tumba la tan temida Rusia de los zares, y en octubre se alzaba victoriosa la revolución socialista. Evidentemente, semejante acontecimiento sacudió la escena internacional del momento. En el plano bélico, en lo que respecta a los alemanes, se disolvió uno de los frentes de batalla. Los revolucionarios rusos apostaron, en coherencia con el programa que los llevó al poder, por dar fin a la guerra. En el plano político, empero, su resonancia fue todavía mayor. No solo porque representaba una referencia para todo el proletariado mundial, sino porque, tal y como ocurriese con la guerra, obligaba a los distintos agentes políticos a tomar partido. En el caso alemán no supuso más que la continuación o desarrollo de las posiciones políticas ya establecidas. Mayoritarios y sindicatos se volcaron en el mantenimiento del orden, los centristas, aunque de manera más velada, también (“¿cómo va a terminar?” se preguntaba Kautsky por esas fechas, “por la descomposición social y política, el caos”). En cualquier caso, este cambio en la coyuntura reforzó la posición de los radicales, incluso en relación al movimiento obrero y la clase trabajadora alemana. La revolución soviética, en su enmienda a la totalidad, impuso su realidad con firmeza. Su mera existencia ratificaba las tesis sostenidas por los distintos destacamentos comunistas en Alemania, demostraba al mundo que era posible llevar a cabo un viraje radical que dejase atrás la miseria y la muerte, así como el putrefacto sistema que las engendraba.



La revolución soviética, en su enmienda a la totalidad, impuso su realidad con firmeza. Su mera existencia ratificaba las tesis sostenidas por los distintos destacamentos comunistas en Alemania, demostraba al mundo que era posible llevar a cabo un viraje radical

La acción de los comunistas no se hizo esperar. El simple eco de la Revolución de Febrero sirvió para agitar la organización revolucionaria alemana. En abril se desencadenó una oleada de protestas, movilizaciones y huelgas que azotó durante días la calma impuesta en Alemania (las cifras que se barajan se aproximan a los 300.000 huelguistas). En junio, el trabajo desplegado en la marina de guerra empezó a dar sus frutos, abriendo así un nuevo foco de tensión social. A partir de octubre, los bolcheviques empezaron a trabajar por extender las tesis antibelicistas y revolucionarias entre los soldados alemanes. La solidaridad internacional se volcó en las negociaciones de Brest-Litovsk. Los espartaquistas pasaron a la acción en enero de 1918, haciendo un llamamiento a la huelga general en favor de una paz general. Tras duras negociaciones, las facciones más radicales dentro de la oposición adoptaron la decisión de secundarla. El 28 de enero, 400.000 huelguistas inundaron las calles de la capital, se movilizaron en torno a un programa de siete puntos entre los que se podían leer la paz sin anexiones ni indemnizaciones, el restablecimiento de la libertad de expresión y de reunión, desmilitarización de las empresas y la democratización del Estado a todos los niveles. Las discrepancias entre las distintas organizaciones del ala radical impidieron establecer una hoja de ruta clara, y la huelga, descabezada, se extinguió, por la represión sufrida y por una flagrante ausencia de dirección política. No obstante, el ciclo de lucha que se había desplegado a lo largo de los últimos meses fue dejando un poso. Una experiencia acumulada a lo largo de los distintos procesos de lucha que compusieron esta etapa se cristalizaron, a la rusa, en los Consejos de Obreros y Soldados a lo largo del país (aunque su alcance y capacidad de determinación fue inferior a la rusa, y muchos de ellos estuvieron intervenidos e incluso dinamizados por el SPD).



En la práctica, el gobierno alemán había terminado por desmoronarse a causa de sus contradicciones internas, y el gobierno socialdemócrata se esmeró en mantener inmaculadas las estructuras de poder

Y en eso llegó la derrota militar. Saltaron todas las alarmas. La nación alemana se encontraba profundamente desestabilizada tanto a nivel civil como militar. La ocasión parecía perfecta. No obstante, la represión sufrida por los militantes revolucionarios acentuaba aún más si cabe las distintas debilidades que el movimiento revolucionario venía arrastrando desde hacía años. Únicamente la organización de la juventud revolucionaria mostraba un músculo organizativo suficiente para intentar responder a las circunstancias. Pero la revolución no parecía dispuesta a esperar, e hizo su estelar aparición en noviembre, demasiado pronto, como tantas otras veces. A principios de octubre, los espartaquistas ya analizaban la situación como “una situación revolucionaria en la que se plantean de forma nueva todos los problemas que la burguesía alemana fue incapaz de resolver en la revolución de 1848” y elaboran un programa netamente antibelicista. A finales de octubre, Liebknecht, que se había convertido en una especie de leyenda contra la guerra (tanto entre las masas como en las trincheras), fue liberado. Miles de personas le dieron la bienvenida en Potsdam. Las acciones en contra del gobierno y la policía proliferaban sin pausa en los últimos días de octubre. Pero la dirección de la facción radical, aun a riesgo de ser desbordada por el impulso de las masas, no se atrevía a dar el paso, no había unanimidad en lo referente al camino a seguir. Huelga de los marinos, mítines de masas exigiendo la abdicación del emperador, llamamientos a manifestaciones centrales. El *Die Rote Fahne* proclamaba: “¡Es el principio de la revolución alemana, de la revolución mundial! ¡Salud a la más poderosa acción de la revolución mundial! ¡Viva el socialismo! ¡Viva la República alemana de los trabajadores!, ¡Viva el bolchevismo mundial!”. La revolución alemana había comenzado.

Sin derramamiento de sangre, para la noche del 9 de noviembre, el gobierno estaba en manos de la socialdemocracia. Los independientes decidieron agachar la cabeza y aceptar la oferta de Ebert de formar un gobierno en coalición, un Estado alemán en ruinas aguantado a la fuerza por la socialdemocracia. Los espartaquistas, por supuesto, fueron excluidos del nuevo gobierno.

Pero la correlación de fuerzas empezó a cambiar en los meses que siguieron a la revolución. Los espartaquistas veían con claridad que esta primera fase no había sido suficiente, el proceso de ruptura debía llevarse a término, la revolución real estaba por hacerse. De hecho en la práctica, el gobierno alemán había terminado por desmoronarse a causa de sus contradicciones internas, y el gobierno socialdemócrata se esmeró en mantener inmaculadas las estructuras de poder. Su principal preocupación la representaban los espartaquistas “perturbadores”, cuyo programa pretendía atacar las estructuras fundamentales del poder burgués.

Del hecho de que los acontecimientos se desarrollasen dentro de los cauces “naturales” de los últimos años, y del hecho de que los distintos agentes volvieran a adoptar las mismas posiciones, se derivó en este caso una consecuencia nueva. La coexistencia dentro del USPD llegaba a su fin. Los espartaquistas decidieron llamar un congreso, del que nació una nueva organización, el KPD, en unión con los Comunistas Internacionalistas Alemanes, el Grupo de Bremen y demás organizaciones revolucionarias minoritarias. La tesis en la base de dicha fundación fue clara y tajante: “Debemos constituir un nuevo partido autónomo, (...) sólido y homogéneo en su teoría y su voluntad, con un programa claro que fije las metas y fines, así como los medios apropiados a los intereses de la revolución mundial”.

De la relación necesaria entre el imperialismo y la guerra, o dicho de otra manera, entre la guerra y el metabolismo social capitalista, deriva el vínculo necesario entre la paz y la revolución. La acción definitiva contra la guerra es, en ese sentido, la revolución

La semana sangrienta supuso el choque definitivo. El gobierno socialdemócrata deseaba sobre todas las cosas el orden, y el KPD encarnaba la mayor de las amenazas para ese orden. La destitución del prefecto de la Policía Independiente, Eichhorn, fue interpretada por parte del KPD como una provocación hacia los obreros y un golpe contra la revolución alemana. Fue lo que representó el pistoletazo de salida. La respuesta popular al llamamiento a la movilización volvió a crear un clima insurreccional en la capital. Radek lo describe de la siguiente manera: “La participación de las masas en las manifestaciones era tan extraordinaria, que durante esos días hubiera sido posible tomar el poder en Berlín”. Pero volvió a faltar algo. El KPD no consiguió ponerse a la vanguardia del proceso, no existió capacidad de dirección, ni siquiera una dirección o proyección clara. La represión sin miramientos orquestada por el gobierno socialdemócrata ejecutó toda proyección o posibilidad de desarrollo. El movimiento quedó descabezado, los principales líderes del Partido Comunista fueron encarcelados o asesinados (como ocurrió en el caso de Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht). Este último capítulo cierra este relato acerca del KPD.

CONCLUSIONES GENERALES Y CIERRE

La historia del Partido Comunista en Alemania es la historia de la lucha contra el capital, el imperialismo y la guerra. Esa es su razón de ser y su marco existencial. Esta oposición la encarna su existencia misma. La fase imperialista pone a la orden del día la posibilidad de la guerra. Bloques de capitales enfrentados entre sí, compitiendo a muerte por una cuchara cada vez más grande con la que alimentarse en el gran mercado mundial. De la relación necesaria entre el imperialismo y la guerra, o dicho de otra manera, entre la guerra y el metabolismo social capitalista, deriva el vínculo necesario entre la paz y la revolución. La acción definitiva contra la guerra es, en ese sentido, la revolución. La destrucción del orden económico, político y social, para la construcción de un nuevo modelo que, regido por unos principios antagónicos, no sólo ponga fin la caja de pandora y sus horrores, sino que la clausure.



Los comunistas alemanes lo tuvieron claro siempre, y se enfrentaron con determinación y a costa de un gran sacrificio a la tarea que la historia había puesto ante ellos. La guerra deslindó los campos de la socialdemocracia alemana y los comunistas decidieron tomar partido. El SPD, principal bastión de la II Internacional, se dejó emborrachar por los cantos de sirena de la burguesía para pasar a formar parte del bando del militarismo, el chovinismo y la contrarrevolución. El mayor edificio político de la época no fue capaz de luchar de manera eficaz contra la enfermedad degenerativa del comunismo, el oportunismo, pese a contar con un gran músculo operativo, grandes capacidades teóricas y gran influencia en las masas. Ese edificio se desmorona, y lo hace de una manera y en una dirección específicas. Los comunistas, por el contrario, decidieron

en ese contexto luchar contra todas las dificultades. Una tarea hercúlea que llevar a cabo, y con todo en contra. La imposibilidad de erigirse en fuerte dirección (en lo que a capacidades operativas, técnicas, de vanguardia se refiere) supuso un coste demasiado alto que no pudieron pagar. La socialdemocracia se encargó de hacer el resto y aun en medio de la más brutal de las represiones e incluso en una coyuntura de repliegue, estos militantes apostaron por dejarlo todo en el campo de batalla.

En ese sentido, los comunistas alemanes fueron en cierto sentido los primeros, los que fueron a la cabeza como ejemplo para el proletariado mundial; son todavía, en cierto sentido, únicos, y pueden clamar con los bolcheviques: yo osé. ●

Desarrollo político de la Gran Guerra Patria desde el seno del PCUS

Texto — **Aimar Nuñez**

Imagen — **Amaiur Ruiz, Irune Juangarcia
& Ekhiotz Arbee**



La Segunda Guerra Mundial fue dirigida por el Partido de la URSS con firmeza y pragmatismo a la vez. Las necesidades de edificar la construcción del socialismo económico obligaron a la URSS a actuar de manera reservada al principio y antes de la guerra. Por otro lado, el desarrollo bélico requirió un ejército moralmente a la altura de hacer frente a un ente deplorable que estaba dispuesto a aniquilar todo lo que tenía que ver con el comunismo. Así, se llevó a cabo una campaña nacionalista que iba en coherencia con la deriva que tomó el comunismo internacional. En lo sucesivo, se va a narrar el desarrollo de la guerra así como el de sus décadas previas, de la mano de la evolución y las decisiones cruciales del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS).

SOCIALISMO EN UN SOLO PAÍS Y AUGE DEL FASCISMO

Los años veinte vieron desvanecerse las oportunidades del triunfo comunista europeo. Aquellas inversiones en el *Viejo Continente* por parte de la URSS fueron debilitadas cuando una socialdemocracia revisionista y contaminada a más no poder de elementos socialchovinistas traicionó a la clase obrera mediante un horizonte esperanzador pero esencialmente inalcanzable, dadas las contradicciones del capitalismo, que no tardarían en volver a aflorar. La misión de exportar el comunismo desde la URSS, pues, había de demorarse. Lo esencial pasaba a ser la construcción del socialismo en un solo país que sirviera de ariete contra un sistema capitalista en reconstrucción. Sin embargo, este cambio de relato acabaría desembocando en una afirmación de la URSS como un fin en sí mismo.

En este contexto, el PCUS liderado por Stalin declaró, en línea con el VIII Pleno de la Komintern en 1927, que el peligro de guerra contra la Unión Soviética pasaba a ser la cuestión más acuciante del movimiento obrero internacional. La amenaza de una guerra anticomunista era cada vez mayor, y las búsquedas de aliados por parte de Alemania en occidente dejaban claro que la política de Rapallo era pasajera. Esto llevó a una crítica abierta a las campañas de desarme promovidas por la socialdemocracia occidental por ser consideradas inútiles y convertían, según el PCUS, a sus promotores en "socialimperialistas".

El VI Congreso de la Komintern en 1928 concluyó que, en caso de guerra contrarrevolucionaria, la táctica debía ser clara: los proletarios del mundo debían luchar por la derrota de sus propios gobiernos, subordinando su acción a la estrategia marcada por la URSS. Existía la obligación de apoyar al Ejército Rojo y sostener la paz dentro del territorio soviético, con el fin de facilitar su armamento y el desarrollo de su industria. Desde entonces, el PCUS puso en marcha una gran maquinaria propagandística contra la guerra imperialista.

En medio de la crisis global a finales de los 20, El PCUS fomentó la estrategia de "clase contra clase", mediante la cual planteaba una fase ofensiva en la que se proponía una unión de la clase obrera europea en contra del fascismo, pero categorizando a los partidos socialdemócratas como socialfascistas. Era una estrategia que se basaba en unir fuerzas en un frente bajo la condición previa de la ruptura con la socialdemocracia. Las obligaciones eran claras: unirse en contra del fascismo y a favor de la *patria socialista*. Había que aspirar a la victoria de la URSS, y cualquier desvío sería categorizado como contrarrevolucionario. Los resultados, empero, no fueron los deseados y derivaron más en una tendencia sectaria que en un frente antifascista masivo.

Paralelamente, el socialismo en un solo país sería la teoría que llevaría a cabo Stalin frente a la revolución permanente de Trotski, que se vio debilitada para aquél entonces. La tensión entre las dos corrientes fue aumentando hasta que en 1927, tanto Trotski como Zinoviev (que fue alejándose de Stalin) fueron expulsados del Partido. Este momento determinó al llamado estalinismo como una continuidad del leninismo, por mucho que Trotski lo calificara de negación termidoriana.

Stalin comenzaría una época de crecimiento industrial, colectivización de las granjas y una "deskulakización" que elevaría a la URSS a las capacidades con las que poder vencer a la Alemania nazi, apostando para ello por el desarrollo de la industria pesada en detrimento de la ligera, que dejaría ciertas secuelas entre la población. La renta nacional creció un 86% y un 110% en los primeros dos planes quinquenales, y siguió creciendo en el tercero aunque se viera interrumpido por el inicio de la guerra.



RELACIONES EXTERIORES PREVIAS A LA GUERRA: LA DÉCADA DE LOS 30

Durante la década de 1930, la Unión Soviética vivió una doble dinámica en política exterior. Por un lado, intentó mejorar sus relaciones internacionales a través de pactos de no agresión con países como Turquía, Persia, los Estados bálticos y Rumanía. Esta política buscaba romper con el aislamiento diplomático posterior a la Revolución de Octubre. En ese contexto, también se produjo el reconocimiento diplomático por parte de Estados Unidos en 1933 y la entrada de la URSS en la Sociedad de las Naciones en 1934. Sin embargo, estas iniciativas quedaron en segundo plano con la puesta en marcha de los comentados planes quinquenales, que centraron los esfuerzos de la URSS en la industrialización acelerada y el fortalecimiento del poder interno.

Al mismo tiempo, la consolidación de potencias abiertamente hostiles al comunismo, como la Alemania nazi, la Italia fascista y el imperialismo japonés, generó un clima de tensión creciente. Desde 1933, con la llegada de Hitler al poder, comenzaron las campañas anticomunistas. Aunque las relaciones económicas entre Alemania y la URSS se mantuvieron relativamente estables en los primeros años, la amenaza ideológica se intensificó.

A partir de 1935, las tensiones con Alemania crecían. La política exterior soviética giró entonces hacia la formación de una unidad antifascista internacional, promoviendo los Frentes Populares junto a los partidos socialistas de Europa bajo una estrategia interclasista.

Esto llevó a una crítica abierta a las campañas de desarme promovidas por la socialdemocracia occidental por ser consideradas inútiles y convertían a sus promotores, según el PCUS, en "socialimperialistas"







En el contexto de una creciente amenaza externa, el PCUS reformuló el papel del Estado socialista mientras la existencia de éste se convertía en objeto de debate en el Partido. En un discurso de 1938, Stalin negó el dogmatismo, y defendió la necesidad de mantener el Estado fuerte ante el asedio capitalista, haciendo un análisis concreto de la situación concreta. Justificó esta postura señalando que el Estado era esencial tanto para la educación socialista como para la construcción económica del socialismo. Esta línea fue reafirmada en el XVIII Congreso del PCUS.

Al mismo tiempo, el papel de la Internacional Comunista (Komintern) se debilitó. Entre 1929 y 1943 sólo se celebró un Congreso Mundial, y la Komintern se transformó en un instrumento mediático del PCUS para dirigir a los demás partidos comunistas. Esto fue objeto de críticas, principalmente trotskistas, al considerar que la organización había dejado de representar una verdadera estrategia revolucionaria internacional. La Internacional Socialista, mientras tanto, discutía fragmentada sobre la esencia del fascismo, sin dar pasos adelante. Vandervelde, entre otros, categorizó el fascismo como un fenómeno propio de los países subdesarrollados de Europa del Este.

**A partir de 1935,
la política exterior
soviética gira entonces
hacia la formación de
una unidad antifascista
internacional,
promoviendo los Frentes
Populares junto a los
partidos socialistas
de Europa bajo una
estrategia interclasista**



La controversia en el papel de la Internacional Socialista ante la guerra de hace veinte años había transmutado a la controversia ante el fascismo. Los resultados, sin embargo, no difieren: incapacidad y decadencia ante un fenómeno que venía a destruir a la clase obrera.

LA GUERRA: INICIO E INTERPRETACIÓN

Mientras la amenaza fascista crecía, Francia y Reino Unido adoptaron una política de apaciguamiento, permitiendo la ocupación de Austria y posteriormente la de Checoslovaquia por parte de los nazis.

En este contexto de inseguridad y falta de compromiso occidental, la URSS firmó el Pacto de no agresión con Alemania (el conocido Mólotov-Ribbentrop) en agosto de 1939. Días después, comenzó la Segunda Guerra Mundial con la invasión alemana de Polonia, seguida por la ocupación soviética del este del país. Como consecuencia de este pacto, la URSS también anexionó los países bálticos, Besarabia y Bucovina, y mantuvo enfrentamientos con Finlandia y Japón. La amenaza al comunismo estaba sobre la mesa, y había que afianzar terreno.

Desde el punto de vista teórico, el estallido de la guerra fue interpretado inicialmente por el PCUS de forma similar a la de 1914: una guerra reaccionaria e imperialista, en la que la clase obrera no debía tomar partido. Según esta lectura, ni Francia ni Inglaterra combatían por la democracia o la libertad de los pueblos, sino por mantener su dominación imperialista. En este marco, los comunistas debían hacer propaganda contra sus propios gobiernos, no apoyarlos.

Posteriormente, el relato cambió, afirmando que la guerra había sido antifascista desde su inicio, y que la entrada de la URSS no hizo más que reforzar ese carácter. Se consolidó así una narrativa que justificaba las fases pragmáticas de la política soviética con Alemania en los años previos, bajo la razón de un rearme fundamental. La guerra pues, fue definida por el PCUS como un elemento inseparable de las contradicciones capitalistas, pero dotada de un elemento socioeconómico que no era más que una de las caras del capitalismo crítico: el fascismo.

OPERACIÓN BARBARROJA Y REORGANIZACIÓN DEL PARTIDO

En lo que resta, se va a relatar una fusión entre el desarrollo del Partido en la guerra y la realidad detrás de ciertos mitos derivados de la historiografía occidental, trotskista o jruschoviana.

A pesar de los avances alemanes, Francia y Reino Unido siguieron subestimando las capacidades militares de la URSS incluso después de la ocupación alemana de Austria y Checoslovaquia. En palabras de diplomáticos británicos, la URSS era vista como una potencia de “capacidades militares insignificantes”. Esta subestimación también fue compartida por Hitler y su entorno. En palabras del propio Führer ante un diplomático búlgaro, el Ejército Rojo “no era más que un chiste”. Sin embargo, esta percepción resultó ser un error estratégico colosal. Como refleja el desarrollo del diario de Goebbels, la maquinaria soviética no sólo resistió, sino que logró una movilización nacional impresionante, tanto militar como civil.

La Operación Barbarroja supuso un golpe duro al Partido que, aunque en vías de preparación, era beneficiado por cada día que se atrasaba la explosión del frente oriental. En 1939, el Partido Comunista ordenó la construcción de nueve grandes fábricas de aviones, y para 1941 la URSS contaba con aproximadamente 2.700 aviones modernos y 4.300 carros de combate. La preparación industrial para la guerra, en realidad y en contra de la interpretación jruschoviana, venía de mucho antes.

Nada más darse la ofensiva fascista, Stalin encabezó una reunión de 11 horas, y en los días siguientes el Partido asumió el control directo y minucioso de todos los aspectos de la gestión de guerra, desde decisiones estratégicas hasta detalles como los títulos de los artículos publicados en *Pravda*. La reacción soviética fue rápida: 800.000 reservistas fueron movilizados entre mayo y junio, incluso antes de que comenzara la invasión. Y apenas dos días después del ataque, se puso en marcha el Comité de Evacuación, que logró desplazar más de 1.500 grandes fábricas al este, un proceso logístico titánico que había empezado, de hecho, semanas antes. Este esfuerzo fue posible gracias a que el PCUS había proyectado un nuevo cinturón industrial en los Urales, Siberia y Kazajistán, como parte de la estrategia de descentralización y resistencia a posibles agresiones externas.

La guerra pues, fue definida por el PCUS como un elemento inseparable de las contradicciones capitalistas, pero dotada de un elemento socioeconómico que no era más que una de las caras del capitalismo crítico: el fascismo

El Partido se reconfiguró. Se estableció un Cuartel General de la defensa del Estado, bajo la dirección de Stalin, que coordinó directamente con el Comité Estatal de Defensa y con los Consejos Militares. Desde ahí se organizaron no solo los movimientos estratégicos del Ejército Rojo, sino también la gestión industrial, la moral del frente y la movilización de la población. El Komsomol, la organización juvenil del Partido, envió al frente a más de 95.000 militantes sólo en 1941, actuando como fuerza ejemplar de entrega y disciplina. Incluso miembros destacados del Comité Central se desplazaron al frente para participar directamente en las operaciones, lo que subrayó el compromiso total de la dirección.

Las estructuras del Partido demostraron una sorprendente capacidad de adaptación. Las organizaciones locales, incluso en zonas de combate directo como Ucrania, Bielorrusia, Moldavia o las repúblicas bálticas, continuaron funcionando sin interrupción. Los comités regionales, municipales y distritales colaboraron activamente en la movilización de reservistas, la organización de fortificaciones, así como en la evacuación masiva de población y recursos hacia el este.

Uno de los aspectos más significativos de esta dinámica fue la preocupación constante por la moral del ejército. La dirección del PCUS comprendía que la resistencia no podía sostenerse únicamente por medios materiales, sino que requería una convicción ideológica profunda. Para ello se reorganizaron los órganos de propaganda y agitación política y se instauró la figura del comisario político militar en el frente, encargado de mantener la moral alta y la confianza en el Partido. Sin embargo, un elemento ideológico clave fue un cambio retórico nacionalista en el que además de revivir “héroes nacionales” rusos, se luchó por la *patria*, a lo que acompañaría un gran

número de elementos y términos nacionalistas potencialmente nocivos para el desarrollo futuro del internacionalismo proletario.

Todo este esfuerzo integral permitió al Partido Comunista mantener el control, impulsar la resistencia y reforzar la moral colectiva en un momento de enorme amenaza. La capacidad del Partido para movilizar a toda la sociedad fue uno de los factores determinantes para resistir el primer golpe alemán (no sin pérdidas masivas) y, posteriormente, para pasar a la contraofensiva.

LA OFENSIVA ALEMANA

Hitler basó su estrategia inicial en provocar una única batalla decisiva al frente, con el objetivo de destruir el grueso del poder soviético de un solo golpe. Fue la llamada *Blitzkrieg*. Algunos generales soviéticos quisieron aceptar en un inicio, pero el PCUS evitó caer en la trampa.

Desde el inicio, la defensa soviética estuvo marcada por una organización táctica que, aunque superada en ocasiones en términos de movilidad, mostró una enorme capacidad de resistencia y adaptación. Ciudades clave como Smolensk, Leningrado, Kiev, Odesa y Sebastopol ofrecieron una defensa ejemplar. En Leningrado, mientras caía sobre la ciudad un incesante bombardeo de largo alcance, miles de obreros trabajaban día y noche en la construcción de fortificaciones, logrando convertirla en una plaza prácticamente inexpugnable. En Kiev, aunque la ciudad tuvo que ser finalmente abandonada, la defensa fue prolongada y dificultó enormemente los planes alemanes. En Odesa, más de 100.000 trabajadores participaron en la construcción de defensas antes de trasladarse a Sebastopol, donde la resistencia estuvo al nivel. Todas estas defensas, aunque terminarían en derrotas, negaron la efectividad del plan alemán.



Los comités regionales, municipales y distritales colaboraron activamente en la movilización de reservistas, la organización de fortificaciones, así como en la evacuación masiva de población y recursos hacia el este

El fracaso de la *Blitzkrieg* marcó un giro estratégico en la guerra. No solo retrasó significativamente el avance alemán, sino que permitió a la Unión Soviética reorganizar su producción militar y profundizar su defensa.

Uno de los momentos más críticos se vivió en octubre de 1941, con el sitio de Moscú. Ya en julio, la organización municipal del Partido había formado divisiones de voluntarios populares que reunieron a más de 120.000 efectivos, casi la mitad de ellos miembros del Partido o del Komsomol. Cuarenta y dos mil personas se unieron a las fuerzas de defensa antiaérea y a los batallones de destructores de la ciudad. En total, medio millón de habitantes participaron directamente en la defensa. La organización regional del Partido de Moscú no sólo mantuvo la producción activa, sino que cumplió con éxito su labor de abastecer a las tropas y a la población civil. Las organizaciones del Partido en los Urales, Siberia, el Volga, Asia Central y el Cáucaso aseguraron la llegada constante de reservas y equipamiento a la capital.

A pesar del asedio, los bolcheviques no se rindieron. Mientras muchas instituciones eran evacuadas por precaución, el Politburó del Comité Central, el Gobierno soviético, el Comité

Estatad de Defensa y el Cuartel General permanecieron ejemplarmente en la ciudad. El 6 de noviembre de 1941, el Sóviet de Diputados Obreros de Moscú celebró su reunión habitual junto a representantes del Partido y organizaciones populares.

Al día siguiente, el Ejército Rojo desfiló como cada año en la Plaza Roja por el aniversario de la Revolución de Octubre. Moscú resistió y los planes nazis se vieron frustrados.

Paralelamente, en las zonas ocupadas, el Partido organizó la resistencia partisana. En Ucrania, Bielorrusia, Moldavia y en las repúblicas bálticas se organizaron golpes constantes contra el enemigo. El Comité Central creó una comisión especial para dirigir esta labor desde la retaguardia. Los partisanos sabotearon las medidas políticas y económicas de las autoridades de ocupación, impidieron el traslado de propiedades a la Alemania de Hitler y ayudaron a destruir personal y material bélico del enemigo. El movimiento partisano y la lucha del pueblo soviético contra los invasores en las zonas ocupadas fueron organizados y dirigidos por organizaciones clandestinas del Partido. Estas últimas estaban encabezadas por 26 secretarios de comités regionales y 539 secretarios de comités municipales y distritales del Partido.

En diciembre de 1941 comenzó la contraofensiva soviética. Para febrero de 1942, el Ejército Rojo había empujado al enemigo 400 kilómetros hacia el oeste, liberando Moscú, Tula y distritos de las regiones de Kalinin, Leningrado, Orel y Smolensk. Se rompía así el mito de la invencibilidad de la Wehrmacht. Como afirmaba Lenin, la moral podía ser decisiva: el golpe simbólico contra la supremacía nazi fue tan importante como el militar.

En el plano diplomático, la URSS enfrentaba el riesgo de un aislamiento hostil. La posibilidad de una coalición conjunta entre las potencias occidentales y la Alemania nazi fue real. Prueba de ello es la conocida declaración de Harry Truman, entonces senador por Missouri, quien en 1941 dijo al *New York Times*: “Si vemos que Alemania está ganando, deberíamos ayudar a Rusia; y si Rusia está ganando, deberíamos ayudar a Alemania. De esa manera, dejaremos que se maten entre ellos tanto como sea posible.” Sin embargo, el miedo a una Alemania victoriosa y en control de los recursos soviéticos (un temor compartido por sectores crecientes de la opinión pública), junto con el ataque japonés a Pearl Harbor, aceleraron la formación de una coalición. En 1942, 26 países, entre ellos Estados Unidos, la URSS y China, firmaron una declaración conjunta de apoyo mutuo frente al Eje. El Reino Unido y Estados Unidos prometieron abrir un segundo frente en Europa ese mismo año. No cumplieron. Mientras tanto, el grueso del ejército alemán se volcaba en el frente oriental. En otoño de 1942, el número de divisiones alemanas allí alcanzaba las 266.

A finales de 1942, la Wehrmacht lanzó una nueva ofensiva sobre Stalingrado. 150.000 obreros y campesinos colaboraron en la construcción de fortificaciones, y miles de militantes del Partido y del Komsomol se integraron al Ejército Rojo.

Para entonces, la economía de guerra soviética había alcanzado un grado notable de organización. En 1942, se superó en más del 50% la producción del año anterior. Unos 1.300.000 trabajadores fueron formados en nuevos oficios y más de 2.500.000 obtuvieron formación extra. Las organizaciones de base del Partido debatían formas de incrementar la productividad. A pesar de que gran parte del campo estaba bajo ocupación enemiga, el Partido tomó medidas eficaces para politizar a los agricultores y aumentar el rendimiento agrícola en las regiones orientales.

Este primer y más difícil período de la *Gran Guerra Patria* fue una prueba de fuego para el Partido Comunista. No hay que olvidar que aunque consiguieran frenar los planes iniciales de los nazis, las pérdidas humanas, territoriales y económicas soviéticas fueron inmensas. Su papel dirigente y organizador se hizo más evidente que nunca. El Partido demostró firmeza, adaptabilidad y una capacidad inigualable para movilizar todos los recursos del país en defensa de la *patria socialista*. Como reflejo de esta confianza creciente, en 1942 se unieron a sus filas más de 1.368.000 nuevos militantes. Para finales de ese año, más de dos millones de comunistas (el 54,3% del total del Partido) estaban integrados en el Ejército Rojo. El Partido emergió de esta etapa más fortalecido que nunca, con una experiencia consolidada en la dirección política, militar, económica y organizativa.

DE STALINGRADO A BERLÍN

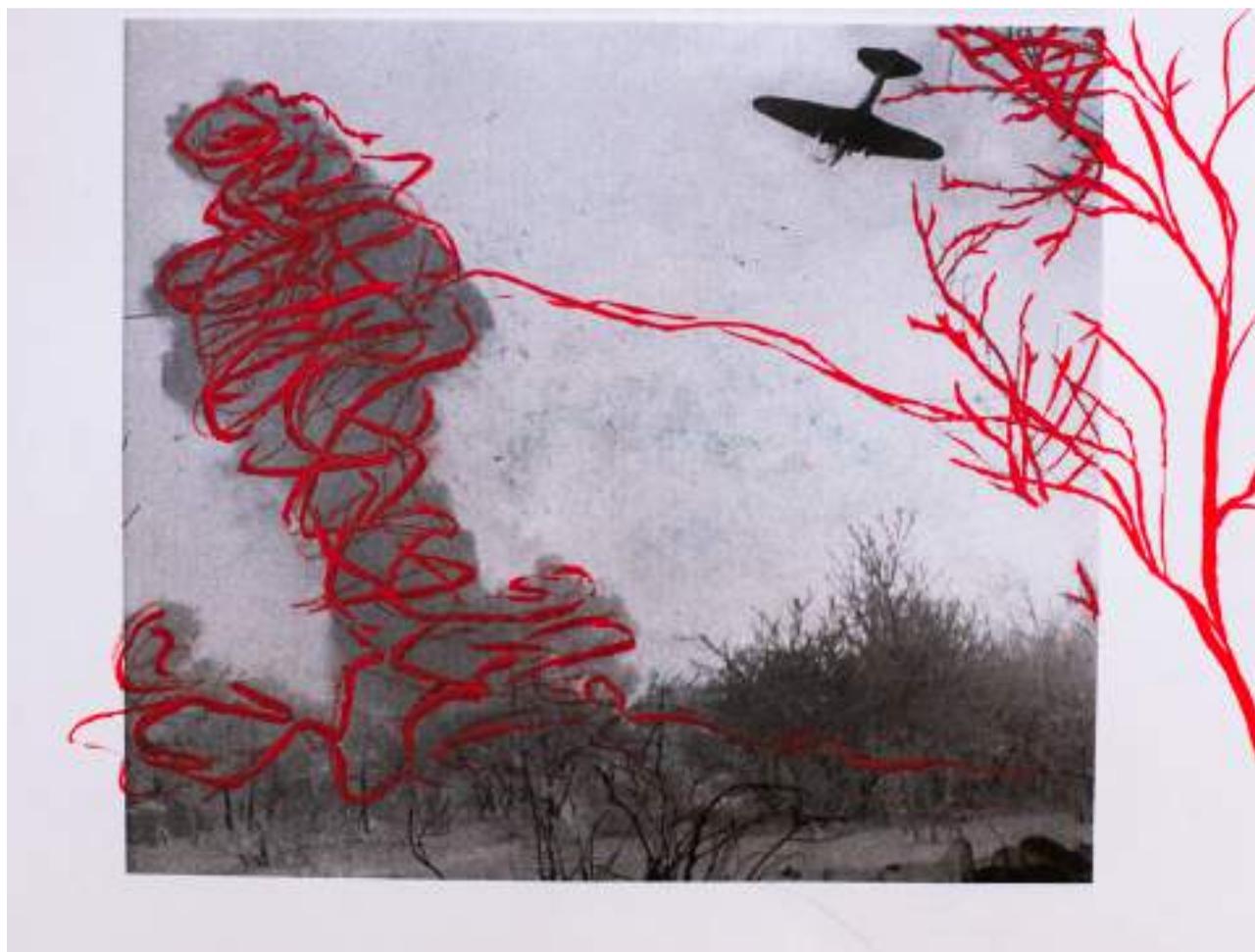
Gracias a los exitosos resultados industriales, el ejército soviético superó al alemán en armamento en 1942, cuando Stalingrado estaba siendo atacada. Una firme dirección militar consiguió cercar en la ciudad a unos 330.000 nazis, lo que representó un éxito militar y político sin precedentes. Esta victoria cambió todo: generó inestabilidad en Alemania, cuyas perspectivas comenzaron a ser negativas; Japón y Turquía dejaron de considerar una posible acción contra la URSS; y surgieron crisis políticas en Italia, Hungría y Rumanía.

En 1943, tuvo lugar una nueva ofensiva alemana debido al incumplimiento, por parte de Estados Unidos y el Reino Unido, de la creación de un nuevo frente occidental. Esta ofensiva se dirigió a Kursk, pero fue rápidamente contenida por el Ejército Rojo. Los éxitos soviéticos en el Volga, en Kursk y en otros lugares se debieron al esfuerzo bélico del frente interno, al vasto trabajo organizativo que el Partido había llevado a cabo para fortalecer al Ejército Rojo y equiparlo con las armas más modernas, y al hecho de que los soldados soviéticos habían aprendido a manejar estas armas con destreza. Sin embargo, fueron más las condiciones que posibilitaron esta dinámica victoriosa de la URSS.

Anteriormente, las organizaciones de base del Partido existían solo en los regimientos; ahora se formaban también en batallones y otras unidades equivalentes. Esta medida, adoptada en la primavera de 1943, fortaleció los vínculos entre las organizaciones del Partido y el Ejército, e inició nuevas formas de trabajo del Partido más flexibles entre las tropas. En la nueva fase de la guerra, comenzada en Stalingrado, esta medida ayudó a cohesionar al Ejército Rojo y al Partido en plena ofensiva.

Los partisanos sabotearon las medidas políticas y económicas de las autoridades de ocupación, impidieron el traslado de propiedades a la Alemania de Hitler, y ayudaron a destruir personal y material bélico del enemigo





***La Gran Guerra Patria había terminado.
La Unión Soviética salvó a la humanidad de
la plaga fascista. Se restableció la paz que
la clase obrera del mundo ansiaba, pero no
la subsiguió una revolución internacional***

Por otro lado, en esta fase, la industria soviética suministró al Ejército Rojo cantidades cada vez mayores de equipo de combate de primera clase. A pesar de la disminución de casi un tercio del número de trabajadores en comparación con 1940, proporcionó al frente considerablemente más equipo militar que la industria alemana a la Wehrmacht fascista. Las fábricas de tanques soviéticas fabricaron 44.600 tanques en dos años (1942 y 1943), mientras que los alemanes solo fabricaron 18.200. Durante el mismo período, la industria aeronáutica soviética suministró al frente 20.000 aviones más que la industria alemana.

Tras el éxito de Stalingrado, se fueron liberando zonas ocupadas por los nazis, y el PCUS tomó medidas para rehabilitar la economía en esos lugares. En 1943, el Consejo de Comisarios del Pueblo de la URSS y el Comité Central del PCUS adoptaron la decisión “Sobre Medidas Urgentes para Restablecer la Economía en las Zonas Liberadas de la Ocupación Alemana”. Como resultado de su implementación, las granjas colectivas de las zonas afectadas recibieron 1.720.000 cabezas de ganado y 96.000 toneladas de semillas de cultivos de invierno para el 1 de enero de 1944. Se realizó una importante labor de reconstrucción de viviendas, escuelas, hospitales y fábricas.

En 1944, el Partido Comunista declaró la necesidad de acabar con el fascismo y llegar hasta Alemania. Se comenzó a avanzar con ese objetivo, aunque la Wehrmacht seguía siendo una fuerza poderosa. Se prestó especial atención a la prensa: se publicaban 4 periódicos centrales, 19 en el frente y más de 90 pertenecientes al ejército. En este instante, a sabiendas de la inevitable derrota nazi, se reactivó el frente occidental.

La influencia soviética fue muy grande en los países liberados. Los partidos comunistas balcánicos y de Europa oriental acogieron al Ejército Rojo, y muchos pueblos, como los de Hungría, Bulgaria y Rumanía, se posicionaron explícitamente en contra de los nazis. Las ventajas del sistema económico socialista, las cualidades morales fomentadas en el pueblo soviético y la capacidad organizativa del Partido Comunista habían demostrado su valor.

El Comité Central y el Gobierno abordaron continuamente los problemas de la rehabilitación económica de las zonas liberadas. Más del 40% de las inversiones en construcción de infraestructura se destinó a la solución de este problema. Se tomaron medidas para remediar los estragos de la guerra en cada zona soviética tan pronto como fue liberada.

La creciente unidad del Partido y el pueblo trabajador se evidenció, entre otras cosas, en el crecimiento sin precedentes de la afiliación al Partido. En 1944, las filas del Partido aumentaron en 1.336.350 candidatos y 1.124.853 miembros. Quienes se unieron durante la guerra representaban casi dos tercios del total de afiliados. Naturalmente, la formación ideológica de los recién admitidos y el trabajo político entre la población se convirtieron en tareas urgentes para el Partido. Sin embargo, las organizaciones del Partido habían relajado su atención al trabajo ideológico. Por ello, el Comité Central tomó varias decisiones para remediar esta situación, lo que resultó en una notable mejora cualitativa.

Una de las tareas ideológicas primordiales era acabar con la influencia fascista en las zonas ocupadas. En Ucrania, Bielorrusia, Besarabia y los países bálticos, se devolvieron a los agricultores las tierras que los nazis habían entregado nuevamente a los terratenientes. Sin embargo, es innegable la existencia de un cierto nacionalismo en estos países. En enero de 1944, el Sóviet Supremo de la URSS, basándose en una decisión tomada por una reunión plenaria del Comité Central del PCUS, promulgó una ley que ampliaba los derechos de las Repúblicas de la Unión en materia de relaciones exteriores y defensa. Los Comisariados del Pueblo para la Defensa y Asuntos Exteriores se reorganizaron, pasando de ser de toda la Unión a Comisariados del Pueblo Republicanos. De este modo, se autorizó a las Repúblicas de la Unión a establecer relaciones directas con estados extranjeros, firmar acuerdos con ellos y establecer unidades militares.

En los últimos suspiros de la guerra, Churchill priorizó que fueran los aliados quienes llegaran primero a Berlín, y posteriormente planteó una eventual invasión a la URSS. Sin embargo, fueron los soviéticos quienes llegaron y remataron al fascismo. En agosto, la URSS declaró la guerra a Japón y venció en Manchuria. Así, contribuyó a la rendición japonesa en septiembre. La *Gran Guerra Patria* había terminado. La Unión Soviética salvó a la humanidad de la plaga fascista. Se restableció la paz que la clase obrera del mundo ansiaba, pero no la subsiguió una revolución internacional. ●

Publicación

JUNIO 2025

EUSKAL HERRIA

**Coordinación,
redacción**

y diseño

GEDAR LANGILE

KAZETA

Web

GEDAR.EUS

Redes sociales

TWITTER E

INSTAGRAM

@ARTEKA_GEDAR

Contacto

HARREMANAK@

GEDAR.EUS

Suscripción

GEDAR.EUS/

HARPIDETZA

Edición

ZIRRINTA

KOMUNIKAZIO

ELKARTEA

AZPEITIA

Depósito Legal

D-00398-2021

ISSN

2792-453X

Licencia



Nota de los editores: Las ideas, afirmaciones y conclusiones contenidas en Arteka son de los autores que firman cada artículo.

arteka